CIUDADES PALATINAS EN EL ISLAM

ANTONIO ALMAGRO GORBEA

PALATINE CITIES IN ISLAM

The construction of palatine residences and cities, conceived to accommodate the caliphs and muslim sovereigns is something that has been present during every period and all through the territories of the Islamic world. This article aims to provide an overview over the most representative general characteristics of this kind of architectural and urban creations, carrying out an analysis on the palatine cities from the beginning of Islam to the end of the medieval world, although it includes some later constructions from the Muslim occident. In this perspective, the Alhambra is sited on an outstanding place and suitably interpreted in the context of similar foundations.

La construcción de residencias y ciudades palatinas, concebidos para alojar a los califas y soberanos musulmanes ha sido una constante en todas las épocas y en todos los confines del mundo islámico. Se repasan en este artículo las características generales más sobresalientes de este tipo de creaciones arquitectónicas y urbanísticas, realizando un análisis de las ciudades palatinas desde los orígenes del Islam hasta el final del mundo medieval aunque incluyendo alguna construcción posterior del occidente musulmán. Dentro de esta visión, la Alhambra ocupa un lugar destacado que queda convenientemente interpretado en el contexto de otras fundaciones similares.

INTRODUCCIÓN

El Islam como fenómeno social y cultural ha estado siempre muy ligado a la vida urbana. Solo en un ambiente urbano se realiza plenamente la comunidad musulmana. Por tanto, el urbanismo y la vida en la ciudad son fenómenos íntimamente relacionados con el mundo islámico desde sus primeros momentos.

La fundación de ciudades caracterizó de algún modo la expansión del Islam en sus albores con la construcción de los *amsar (*singular *misr*) o ciudades campamento en que se agruparon los musulmanes tras la conquista de un nuevo territorio. Los *amsar* tuvieron la función de albergar al ejército conquistador, dotándolo de alojamiento sin tener que desplazar a la población autóctona de sus ciudades, manteniendo de este modo los pactos y tratados con que, en muchas ocasiones, se concluía la conquista. A la vez permitía mantener la coherencia de la comunidad musulmana, minoritaria en estos primeros momentos. Estas nuevas ciudades, inicialmente auténticos campamentos sin apenas estructuras arquitectónicas, pronto fueron adquiriendo estabilidad y forma, pasando en muchos casos a convertirse en las nuevas capitales de los territorios conquistados. Si algo caracterizó inicialmente a estas ciudades, fue la presencia de la mezquita y de una Casa de Gobierno (*Dar al-Imara*) o residencia del gobernador (Cuneo 1986:114). Con una estructura del poder todavía muy incipiente, su expresión

arquitectónica era poco menos que puramente simbólica.

El advenimiento de una auténtica dinastía con un arraigado sentido del poder y de carácter hereditario pronto requirió de formas que materializaran la nueva realidad política. Tan pronto como la dinastía omeya pudo asegurarse y superar las situaciones de inestabilidad, ésta inició un amplio programa de actividades constructivas entre las que inmediatamente aparecieron los palacios y residencias de los califas, sus familiares y sus delegados. Los omeyas se consideraban herederos y continuadores de los imperios que conquistaron y de las dinastías que los gobernaban, estableciendo claros signos de legitimación de dicha continuidad a través de símbolos y representaciones que les permitieran sostener tal empeño frente al ataque de sus rivales y detractores. La edificación de obras de arquitectura fue sin duda uno de los recursos al que acudieron de manera inmediata, sentando a través de sus programas constructivos y ornamentales las bases del arte islámico.

Aparte de la edificación de mezquitas y palacios, la construcción de nuevos asentamientos de población siguió las pautas de los *amsar* como forma de progresión de la conquista, pero pronto se desarrollan nuevas ciudades con una clara vocación de ser asentamientos del poder, bien sea califal o de alguno de los gobernadores que ejercen su poder por delegación del califa. Aunque la capital de los omeyas fue Damasco, y en ella tuvieron su palacio en el centro de la ciudad junto a la mezquita (Sauvaget 1934:421-480), tenemos constancia de la construcción de algunas ciudades o núcleos urbanos ligados a los gobernantes que inician una tendencia hacia el aislamiento del soberano y su acompañamiento de una corte y de gentes fieles a su servicio. Las residencias del desierto obedecen en parte a este propósito, y alguna de ellas llega a tener el carácter e incluso la denominación de ciudad pese a su pequeño tamaño. Así, el recinto mayor de Qaṣr al-Hair al-Šarqi es mencionado como *madina* en una inscripción que lo relaciona con el califa Hišām. En él, junto a la mezquita, se identifica un edificio con carácter de residencia del gobernador o *dar al-imara* (Grabar 1978:70). Sigue sin estar claro el destino del recinto menor, si se trata de un palacio como se ha identificado tradicionalmente, o un alojamiento para caravaneros o caravansar como lo identifica O. Grabar (Grabar 1978:29-33). Dado el carácter de indefinición funcional que caracteriza las distintas tipologías arquitectónicas en el arte islámico, tampoco tendría de particular que la interpretación dada por Grabar fuera compatible con el servir de residencia al califa y su séquito, en un lugar en que las formas protocolarias no eran necesarias. Sin embargo, estas residencias de campo, fuera de sus claros objetivos simbólicos, funcionales y económicos no jugaron ningún papel preponderante en las tareas de gobierno. Las investigaciones más recientes empiezan a darnos información sobre las ciudades en época omeya y con ello aparecen conceptos que se generalizaron en todo el mundo islámico y en todos los períodos.

Las ciudades de nueva creación concebidas para ser residencia de los soberanos son una de las creaciones más difundidas en todos los tiempos y en todos los confines del mundo islámico. A pesar del bajo concepto que al parecer expresó Mahoma hacia la arquitectura (Jiménez 1995:17), no cabe duda de que el Islam ha representado siempre una cultura muy dada a las grandes expresiones arquitectónicas. Ninguna dinastía seguidora del Islam se ha resistido a la tentación de manifestar su poder o su piedad, o ambas cosas al mismo tiempo, a través de la construcción de palacios, mezquitas, baños, madrazas u otras obras que son a la vez, obras de utilidad para sí mismos y para la comunidad, y la forma en que manifiestan su poder y su acatamiento a los preceptos coránicos, aunque en más de una ocasión exista una clara contradicción entre ambos.

Entre las más claras formas de expresar la alta categoría de un califa o un soberano musulmán y su distinción por encima de otros príncipes vecinos o lejanos está sin duda la construcción de una bella y lujosa residencia en que poder vivir él y sus allegados, tanto familiares como cortesanos. Difícilmente un príncipe musulmán acepta vivir en la residencia de sus predecesores sin trasformarla, engrandecerla y embellecerla, cuando no la abandona por otra de nueva construcción. En ocasiones las residencias anteriores siguen usándose como parte de un complejo palatino, destinándose a estancias periódicas o circunstanciales, o a albergar a familiares o invitados. De esta forma los palacios islámicos acaban convirtiéndose en

grandes conglomerados de construcciones yuxtapuestas, en la mayoría de los casos sin un plan preconcebido, con residencias reales y de servidores, jardines, e incluso talleres artesanos, mezquitas, baños, etc. En suma, son auténticas pequeñas ciudades con vida propia, aislada del resto del contexto urbano con frecuencia mediante muros y murallas.

Sin embargo, se debe hacer una distinción entre lo que son alcázares o palacios más o menos complejos, ubicados dentro de una ciudad, de las que se conocen como ciudades áulicas o palatinas, que constituyen otra forma genuina y característica dentro del mundo islámico.

¿Qué es una ciudad palatina?¿Cómo podemos definirla? Ante todo representa siempre la creación de un soberano destinada a acoger su residencia, generalmente con objetivos colaterales muy claros. Así suele ser una forma de propaganda de su poder, sabiduría y buen hacer. Mediante la construcción de una nueva ciudad manifiesta su categoría, su riqueza y su vocación de perdurar en el recuerdo de sus súbditos. Fundar una ciudad es siempre un modo de permanecer en la memoria de sus habitantes presentes y futuros, aunque en muchas ocasiones la vida de estas ciudades haya resultado harto efímera. El alejamiento de la capital tradicional, aunque sea por escasos kilómetros, y el sustraerse de esa forma a la vista y proximidad de sus súbditos, constituye otra clara forma de expresión del poder del príncipe, en la línea ya desarrollada desde antiguo en los grandes imperios de oriente, en que éste se oculta de sus súbditos dentro de un calculado entorno de misterio. Al mismo tiempo, la ciudad así fundada proporciona al soberano una mayor garantía de seguridad. Se puede controlar en ella la cantidad y calidad de las personas que allí habitan, que serán siempre en número más reducido que en una gran urbe. Son, en general, ciudades más pequeñas, pues pese al poder y pujanza económica de su fundador resulta difícil superar el potencial y dinamismo de una sociedad tradicional asentada desde largo tiempo, única capaz de hacer crecer y desarrollar un gran núcleo urbano. Por ello, sólo algunas de estas ciudades palatinas acabarán convirtiéndose en grandes ciudades o, más bien, fundiéndose con ellas cuando estén próximas.

Precisamente ésta suele ser otra de las características de la mayoría de las ciudades palatinas. Se fundan como núcleos de nueva creación, en lugares aislados pero, en la mayor parte de los casos, a escasa distancia de otras grandes ciudades que generalmente sean o hayan sido capitales de los reinos y que aún seguirán siéndolo en mayor o menor medida. El soberano se aparta de sus súbditos, pero no lo suficiente como para que éstos puedan dejar de sentir su presencia o puedan llegar a olvidar que es él quien gobierna. En algunos casos estas ciudades palatinas son o acaban convirtiéndose en nuevos barrios o distritos de la antigua capital. A veces pueden llegar a producirse rivalidades comerciales o de jurisdicción, típicas de la relación de una estructura creada por un capricho y a la cual se pretende dotar de todas las prerrogativas, y una ciudad ya con larga y consolidada vida, a la que muchas veces se sustraen o merman privilegios en otro tiempo adquiridos, formas y costumbres o intereses económicos o políticos.

Una ciudad palatina, a diferencia de un palacio o alcázar, cuenta siempre con una estructura completa de ciudad, aunque esté reducida a sus más elementales formas. Estará rodeada y defendida por un circuito de murallas con sus correspondientes puertas, como no puede ser menos para garantizar la seguridad del soberano. Tendrá siempre mezquita aljama, a la que acude el soberano para la oración del viernes y en la que tiene uno de los escasos contactos con sus súbditos, limitados éstos además al reducido número de los que residen en la ciudad palatina. También cuenta con la correspondiente zona comercial o de zocos y con sus correspondientes barrios artesanales, así como los destinados a viviendas de servidores, funcionarios y dignatarios de la corte. Y, además, contendrá el palacio o palacios del soberano y su familia. Ésta es sin duda una de las características que distingue a una ciudad áulica de una *madina* normal, ya que en la ciudad palatina el área destinada a residencia regia es proporcionalmente mucho mayor que la que pueda ocupar un palacio dentro de una *madina* normal. Al fin y al cabo, la ciudad palatina se crea y vive en función de y para el palacio, mientras en una ciudad tradicional el conjunto palatino es un elemento más, a veces incluso de poca significación para su estruc-

turación y desarrollo. También los jardines forman parte esencial de estas ciudades ocupando a veces extensas áreas dentro del recinto amurallado. El gusto por el jardín como representación y anticipación del paraíso en la tierra posee forzosamente un lugar predominante en la vida cortesana, no sólo dentro de patios e inserto por tanto en la arquitectura, sino también en forma de amplios huertos, plantaciones de arbolado o grandes parques en los cuales también viven animales en estado salvaje y en los que se puede practicar la caza entre otras actividades de esparcimiento y recreo.

Precedentes

Entre los precedentes de las ciudades palatinas islámicas debemos buscar algunos de los núcleos urbanos de los imperios orientales de la antigüedad. Poblaciones como Nínive o Babilonia contaron con grandes palacios, algunos de ellos de estructura compleja, aunque el aislamiento motivado por razones de seguridad y defensa no les proporcione siempre un carácter de autonomía comparable a la de una ciudad independiente.

Un caso que merece una atención especial es el del gran palacio construido por el emperador romano Diocleciano entre el 295 y el 305 d.C. junto al Adriático, en Spalato (*Spalatum*) (Fig. 1), la actual Split (Marasovic 1982). Aunque se trata de un palacio y no de una ciudad, la estructura con que fue concebido guarda una estrecha relación con la de los campamentos romanos (*castra*) y, de este modo, también con las colonias romanas de nueva fundación. Este palacio se construyó en la costa de Dalmacia, al fondo de una ensenada en la orilla del mar, situada a escasa distancia de la ciudad de Salona (*Salonae*). La planta del palacio es un rectángulo de 215 × 180 m delimitado por una muralla con torres cuadradas en los ángulos y en el centro de los lienzos y otras octogonales flanqueando las tres puertas que dan a tierra (Fig. 2). Una cuarta puerta abre hacia el mar, por la zona palatina propiamente dicha y que presenta una amplia fachada de aspecto menos militar que las otras. El rectángulo del palacio queda dividido en cuatro cuadrantes por dos calles porticadas ortogonales a modo de *decumanus* y *cardo* que enlazan las puertas exteriores. Otra calle perimetral corre paralela a la muralla en los dos cuarteles más alejados del mar. Estos estaban ocupados por edificios destinados a alojar a los servidores y la guardia personal del emperador. La mitad del palacio situada entre el *decumanus* y el mar se compone de dos partes. Una primera contenía el extremo del *cardo* que forma una plaza con peristilo con varios templos en uno de los lados, de los cuales uno era rectangular y dos circulares. Al otro lado de la plaza se situaba el mausoleo del emperador, hoy convertido en iglesia catedral. En ambos extremos de esta zona hay unas termas. La franja más inmediata al mar era la destinada a residencia imperial. Estaba construida sobre una gran infraestructura de salas abovedadas que, por su buena conservación, han permitido conocer la disposición de la zona superior, hoy prácticamente destruida. En el eje de estas salas inferiores se sitúa un pasaje que conduce desde la plaza hasta la puerta del palacio que da hacia el mar. La residencia imperial se sitúa a un nivel más alto que el resto del palacio y tenía una gran fachada hacia el mar compuesta por una serie de arcos y columnas embebidas de la disposición típica de la arquitectura romana. El acceso se hacía desde la plaza con peristilo en la cual terminaba el *cardo*, y a través de un pórtico que daba acceso a un vestíbulo monumental de planta circular, con exedras y cubierto por una cúpula. En el lado occidental estaba situada el aula imperial en forma de sala rectangular con un gran ábside o exedra, mientras el lado oriental albergaba, entre otras dependencias, el triclinio imperial con forma de sala tetraconca.

El edificio, lo mismo en su organización que en su arquitectura es típicamente romano. A la vez severo y elegante, presenta soluciones tanto continuistas como innovadoras para una construcción de comienzos del siglo IV d. C. Pero quizás para nuestro empeño debamos resaltar una serie de detalles significativos. En primer lugar, es una construcción con aspecto de fortaleza, en este caso de *castrum* militar, algo que aparece también en muchos de los edificios residenciales omeyas y en otras construcciones posteriores, como ya veremos. Alberga en su interior casi todas las funciones de una ciudad: residencia regia, baños, templos religiosos, residencia de servidores, funcionarios y guardias... solo falta en este caso la

función comercial y artesana, que sepamos. El tamaño del palacio es tal que en la Edad Media albergó en su interior un pequeño burgo medieval que ha pervivido hasta hoy.

Probablemente este modelo tuvo su influencia en construcciones bizantinas y a través de ellas en las omeyas. En el desierto de Siria, en Qasr Ibn Wardan (Mango 1975:144-151), existen los restos de un conjunto arquitectónico, seguramente residencia de un gobernador provincial bizantino, que comprende un palacio, una iglesia y un cuartel. Lo que es seguro es que el modelo de las *castra* romanas tuvo su influjo en los llamados «castillos del desierto» omeyas, entre otras cosas, en el propio nombre árabe de *qasr* utilizado para denominar los palacios, que deriva directamente del latín *castrum*.

Otros precedentes que conviene tener presentes son las ciudades del oriente antiguo, tanto las asirias y mesopotámicas como los conjuntos palatinos aqueménidas y sasánidas de implantación nueva, en especial los de forma circular que son los precursores de la ciudad construida por al-Mansur en Bagdad de similar forma. En algunas de estas ciudades, pese a su carácter de santuarios religiosos, existe una estructura palatina. Entre éstas merecen destacarse Sinjerli (Frankfort 1982:301), Hatra, Ktesifonte, Takht-i-Sulayman, Firuzabad y otras (Creswell 1940:18-22, Hermann 1977:59, 113-118).

Las ciudades omeyas

Anŷar

La ciudad de Anŷar (Creswell-Allan 1989:122) está situada en la llanura de la Bekaa, entre las cadenas del Líbano y el Ante-Líbano, en la ruta que conduce de Damasco hacia Baalbek y también hacia Beirut. No puede considerarse una ciudad palatina según las características que antes hemos definido, pero su análisis es interesante por su relación con otras construcciones omeyas y con el precedente antes estudiado. Su construcción fue realizada en la época de Walid I, en el primer cuarto del siglo VIII. Su planta es cuadrada con una muralla perimetral reforzada con torres cilíndricas y cuatro puertas, una en el centro de cada lado (Fig. 3). Dos calles perpendiculares porticadas enlazan las puertas opuestas cruzándose en el centro de la ciudad en una pequeña plaza en la que se levantó un *tetrapylon* o estructura decorativa a base de cuatro grupos de columnas. Las calles principales están bordeadas de tiendas, existiendo además un edificio cerca del centro con posible función comercial. Hay identificados al menos dos baños y numerosas viviendas distribuidas en manzanas rectangulares.

Toda esta descripción encaja perfectamente con una ciudad de tradición clásica, que podría interpretarse como romana o bizantina si no fuera por la existencia de una mezquita perfectamente integrada en el trazado y contemporánea por tanto al resto de la ciudad. Inmediata a la mezquita hay un palacio o residencia principesca con dos salas basilicales enfrentadas con acceso desde un patio central. Existe otra segunda residencia principal o palacio al otro lado de la calle axial. Los baños son del tipo característico omeya aunque, por su ubicación, más parecen haber tenido un uso público que exclusivo de los habitantes de los palacios. Volvemos a insistir en que esta ciudad no puede considerarse propiamente palatina. El palacio es relativamente pequeño y ocupa una situación poco preeminente. Esta población más parece haber tenido un carácter comercial, tanto por su estructura como por su ubicación en una ruta importante que ponía en comunicación Damasco con la costa mediterránea. Esto no quita que en su organización quede un espacio destinado a albergar la sede de la autoridad, que pudo servir de residencia principesca tanto de modo permanente como esporádico empleándose como estación de viaje en las rutas antes mencionadas, función que cabe también atribuir a otras construcciones omeyas del desierto que se sitúan siempre a lo largo de rutas caravaneras.

Amman

En la ciudadela de Amman encontramos el que, sin duda, es el primer claro ejemplo de ciudad palatina en el Islam, precursora de toda una larga serie que vamos a analizar (Almagro 1983, Almagro 2000). No hay constancia de que fuera residencia permanente de ningún califa, aunque sirvió entre otras cosas de prisión para algún miembro de la familia omeya. Más parece respon-

der a la residencia del *amil* o gobernador de la Balqā, región correspondiente al norte de la actual Jordania, cargo que sin duda recaería en personas de absoluta confianza dado que en su entorno se encuentran la mayor parte de las residencias y «castillos del desierto» construidos por los califas omeyas y sus familiares. Remodelando totalmente las estructuras preexistentes, en la ciudadela de Amman se organizó una completa ciudad autónoma respecto a la ciudad baja, la Philadelphia helenística, romana y bizantina que mantuvo su vida y actividad con un seguro proceso de lenta islamización, pero por lo que se ve, conservando sus iglesias (Northedge 1992:59-60) junto a una nueva mezquita (Northedge 1992:63-69). En la ciudadela, lo que fuera el emplazamiento de la primitiva Rabbat-Ammon, los omeyas construyen su nueva ciudad para albergar a su gobernador y a sus gentes allegadas, seguramente en su mayoría musulmanes (Fig. 4). La nueva estructura cuenta con todos los elementos que integran una ciudad palatina que ya hemos descrito. Un gran palacio, auténtica pequeña ciudad dentro de la otra, con su estructura viaria propia e integrado por más de 15 edificios. Una mezquita de tamaño considerable situada en el centro de la ciudad. Una plaza con tiendas en su perímetro que forman un zoco. Y viviendas y edificios residenciales tanto dentro del recinto del palacio como en el resto de la ciudad. Todo cercado por un perímetro de murallas con tres puertas de las que parten calles en dirección a la plaza central.

El descubrimiento y excavación de la plaza-zoco, la mezquita y algunas calles de la ciudadela han permitido por vez primera una lectura del urbanismo de este conjunto arqueológico en su totalidad, integrando incluso las áreas residenciales excavadas anteriormente así como el gran complejo palatino que se extiende en toda la zona norte. A partir de esta información, sabemos que la construcción del palacio omeya sobre el solar romano y bizantino formaba parte de un proyecto urbanístico muy amplio que comprendía, además, una mezquita, espacios públicos como la plaza del zoco y la explanada oriental, la reestructuración del callejero y la habilitación de áreas residenciales.

Aún no se puede evaluar en su totalidad el alcance exacto del plan constructivo llevado a cabo en la ciudadela de Amman aunque lo conocido es ya suficiente para afirmar que cuantitativamente se trata de uno de los proyectos más ambiciosos que conocemos para época omeya; no obstante, sí podemos hablar de la singularidad del complejo de Amman en términos cualitativos. A diferencia de los llamados «castillos del desierto», residencias aristocráticas que presidían complejas explotaciones agrícolas en medio de la estepa siria, estamos ante una fundación emplazada en una importante ciudad bizantina preexistente: Filadelfia. En la ciudadela de Amman se levantaba un *dar al-imara* o palacio de gobierno en el que debió de residir el *amil* de la Balqa' y que, por tanto, debió constituir el principal edificio de la administración provincial y urbana. Pero si admitimos la unidad en el diseño de residencia palatina, zoco, mezquita y manzanas domésticas que se extienden por el resto de la ciudadela, debemos afirmar que se trataba de un proyecto constructivo que rebasaba lo estrictamente áulico y que sin duda podemos calificar de urbano.

En efecto, la planta de la ciudadela demuestra que no solo el callejero fue planificado sino también las viviendas situadas en el interior de las manzanas; al menos así se deduce de las casas documentadas hasta ahora en distintas zonas de la ciudadela. Conviene resaltar el relativo gran tamaño de las viviendas hasta ahora descubiertas. Aunque nuestra información aún es limitada y son pocos los edificios cuya planta conocemos íntegramente o podemos reconstruir en hipótesis, es posible deducir que las superficies de estas residencias fluctúan entre los 300 y los 500 m^2, dejando fuera de consideración los edificios domésticos del interior del palacio que superan con creces estas dimensiones. Se trata por tanto de residencias de importancia antes que de viviendas populares. Todo esto obliga a considerar que la ciudadela pudo ser o funcionar como una ciudad áulica con una marcada autonomía con respecto a la ciudad baja y estar ocupada mayoritariamente por población musulmana, a diferencia de la ciudad baja en que perviviría la población autóctona en proceso de islamización.

Tres puertas permitían el acceso a la ciudad alta desde las que otras tantas calles llevaban hasta una gran plaza central, núcleo principal de la reforma urbanística realizada por los omeyas. Esta

plaza, de forma trapezoidal algo irregular, se dispone a la vez como elemento de cirugía urbana que rompe estructuras preexistentes y como organismo articulador de las nuevas funciones que la ciudadela va a albergar. Su disposición y forma se deben a decisiones adoptadas respecto a la organización de los elementos arquitectónicos de nueva implantación y a la reutilización de algunos preexistentes.

Tres elementos básicos se articulan en torno a este espacio público: la mezquita, el palacio y el zoco. Estos tres elementos, característicos de la ciudad islámica, reciben en este caso de Amman una solución absolutamente original respecto a lo que hoy conocemos de las primeras urbes musulmanas. La mezquita ocupa el lugar más dominante, prácticamente el punto más elevado de la ciudadela y para su construcción se habilitó además una plataforma artificial sobreelevada que colmató estructuras anteriores. El palacio se sitúa en posición opuesta a la mezquita (Fig. 5). En la zona más meridional del área del palacio se levanta un gran vestíbulo o sala de ingreso, que constituye el resto arquitectónico más monumental de cuantos allí se encuentran. Presenta una planta de cruz griega originada por la preexistencia de un edificio bizantino sobre el que los omeyas levantaron una construcción con rica decoración esculpida de tradición persa sasánida, constituyendo un buen ejemplo de las diversas influencias que configuraron el primer arte islámico. El espacio central de este edificio estuvo cubierto con una cúpula, desaparecida tras la pronta ruina del conjunto, pero cuya recreación actual, con técnicas modernas respetuosas con el edificio, ha permitido la recuperación del espacio original y la utilización del monumento para usos culturales. La magnificencia de esta parte del palacio, sin duda la más monumental de todo el conjunto, estaba destinada a impresionar a los visitantes que esperarían aquí a ser recibidos o atendidos por quien habitaba él, siendo también posible que este edificio se utilizara como sala de audiencias públicas.

Junto a este gran vestíbulo existe un baño de estructura muy semejante a la de otros contemporáneos, casi siempre ligados a la arquitectura palatina omeya. Sin duda, estos edificios debieron constituir expresiones de distinción y de refinamiento a la vez que servían a necesidades higiénicas y rituales. La ubicación del baño en los palacios suele ser periférica, y en el caso de Amman estuvo sin duda condicionada por la proximidad a la gran alberca circular con capacidad para 1368 m^3 que aseguraba el abastecimiento de agua y cuya restauración se ha realizado recientemente. Pero la presencia de este baño y su ubicación dentro del área urbana y en relación con el palacio constituye sin duda una novedad digna de resaltarse. De los numerosos edificios destinados a baños que conocemos del período omeya, la inmensa mayoría están vinculados a palacios o se encuentran aislados aunque más o menos próximos a una residencia. El baño de Amman plantea la cuestión de la utilización pública de estos edificios y de la difusión de su uso desde los primeros momentos del Islam. La disposición inmediata al palacio, aunque alejada de la zona más privada de la residencia y con comunicación directa con él pero al mismo tiempo en una zona ya independiente y que puede considerarse exterior al mismo, hace pensar que el baño era utilizado también por la población que habitaba la ciudadela.

El alcázar incluía 13 edificios residenciales. La zona central del palacio está ocupada por nueve de estos edificios que llenan el área de una gran plaza o recinto de época romana, quizás perteneciente a un templo, cuyos muros perimetrales fueron aprovechados como cierre del conjunto palatino. A los edificios se accede a través de una auténtica estructura urbana con plazas y calles. Solo cuatro de estos edificios han sido totalmente excavados, constatándose que todos ellos obedecen al mismo esquema. Las evidencias halladas durante la excavación de uno de estos edificios por arqueólogos españoles, han permitido conocer en detalle su estructura. Constaba de un patio central, porticado, en torno al cual se distribuyen las diferentes habitaciones. En el lado sur se dispusieron dos estancias principales (*iwanes*), que se abrían al patio mediante un triple vano. También contaba con una escalera para el acceso a la terraza, una letrina y varias cisternas que aseguraban el abastecimiento de agua. El edificio, como la mayor parte del palacio, fue destruido poco después de su construcción por un violento terremoto que tuvo lugar el año 748 d. C.

En el extremo norte del área palatina se encontraban las salas de audiencias y del trono, en for-

ma de *iwan* y sala cruciforme respectivamente. Cuatro edificios residenciales, de características análogas a los de la zona anterior, acompañan a estas salas de aparato. Esta parte del alcázar era sin duda la residencia del príncipe o emir que en él habitaba.

El zoco se dispuso en los dos lados de la plaza no ocupados por los dos edificios principales. Su estructura es de gran simplicidad. Pequeñas habitaciones en hilera, dotadas de una puerta en su frente y protegidas por un sencillo pórtico constituyen el más elemental y a la vez el más común modo de disponer una instalación comercial.

La plaza así dispuesta, además de servir de espacio de mercado, fue fundamentalmente el núcleo articulador de la nueva ciudad. En ella no solo tenían su asiento los dos edificios o conjuntos más importantes: la mezquita y el palacio, sino que a ella confluían las calles principales de la ciudadela que enlazan con las puertas exteriores de la muralla. De este modo, este nuevo espacio urbano cobra el máximo protagonismo al ser el centro neurálgico del sistema viario y el protagonista principal de las funciones urbanas de la nueva sociedad musulmana.

La ciudad omeya aprovechó parte del sistema viario precedente aunque alterando en parte las anchuras de calles. La preexistencia y reutilización del sistema viario no fue óbice para que los omeyas establecieran un nuevo concepto urbanístico mediante la disposición de un gran espacio público que era a la vez marco de los elementos arquitectónicos principales de la ciudadela y articulación del sistema viario de ésta. Este gran espacio, establecido con evidente maestría de modo que compatibiliza los elementos preexistentes con la disposición de los nuevos edificios, es a la vez heredero de tradiciones arquitectónicas y urbanísticas precedentes e innovador en aspectos de trascendencia posterior.

La disposición de la plaza, no sabemos si por intencionalidad buscada o por los pies forzados que existían, carece de disposiciones axiales, rompiendo en este sentido con las pautas del urbanismo romano. Sus sistemas de enlace tangencial con las vías que a ella acceden nos recuerdan el carácter del urbanismo helenístico, aunque aquí aparecen innovaciones claras como es el acceso en recodo y sin perspectivas ni visuales desde las calles sobre el espacio de la plaza. Este concepto de espacio urbano, muy diferente de los expresados en ciudades omeyas de nueva creación como 'Anŷar o en el urbanismo abbasí de Bagdad o de los palacios de Samarra, tendrá plena aceptación en el Islam occidental, en ejemplos como Madinat al-Zahra', en donde los accesos a los grandes espacios que anteceden al alcázar y a los grandes salones es siempre esquinado y con entrada en recodo, carácter este que será asumido plenamente en la arquitectura residencial posterior. Por otro lado, la libre circulación por las calles queda interrumpida al llegar a la plaza, pues todo parece indicar que existieron puertas para cerrar su acceso, iniciando de este modo una disposición característica de los zocos islámicos.

La asociación en el mundo islámico de mezquita y *dar al-imara* es anterior a la construcción de la ciudadela de Amman y la encontramos documentada por los textos y la arqueología en Damasco, así como en Kufa, Basora y Wasit —ciudades iraquíes fundadas *ex novo* en el siglo VII—, en 'Anŷar y en Qairawan, la capital de Ifriqiya.

En estos ejemplos tempranos el alcázar se emplazaba casi siempre al lado del muro de la *qibla.* En todos los casos existe un denominador común: la voluntad de vincular espacialmente la sede del poder político y el oratorio principal con un propósito indudablemente simbólico que reproduce la disposición de la mezquita del Profeta y sus aposentos privados en Medina, pero también con fines estrictamente funcionales, como la posibilidad de garantizar al príncipe un ingreso directo al oratorio desde su residencia y asegurar la sede del tesoro público *(bayt al-mal),* situado normalmente en el interior de la mezquita (Creswell 1969:26).

La organización y disposición dentro de este espacio de los edificios representativos merece una reflexión más detallada por la originalidad que presenta respecto a otros casos conocidos del urbanismo paleoislámico. La disposición que hasta ahora se consideraba normal de mezquita y la *dar al-imara* según el relato de Tabari respecto a la mezquita y *dar al-imara* de Kufa y los ejemplos de Wasit, Damasco, 'Anŷar, Bagdad, etc., aparece aquí contradicha pues la plaza sirve en Amman de marco común a la mezquita y al palacio, pero en situación de clara separación e incluso de riva-

lidad compositiva. El alcázar tuvo, según todos los indicios, una presencia más grandiosa merced a su gran puerta-vestíbulo con su monumental cúpula que debió ser el foco de atracción de las vistas. Para paliar esta mayor prestancia, la mezquita se dispuso en el lugar más alto y se realzó además con una plataforma precedida por una gran escalinata de siete peldaños. Su concepción espacial más anodina e isótropa quedó compensada por una situación más dominante.

La disposición adoptada establece pues una clara distinción entre espacio áulico y espacio religioso, aunque entre ambos quede una gran plaza de uso comercial pero que bien pudo compartir o disputar las otras funciones. En caso de gran afluencia de creyentes, estos podían usar la plaza para la oración cuando no cabían dentro de la mezquita. Es también muy posible que en la plaza se celebraran audiencias pudiendo el emir usar la terraza del Vestíbulo como tribuna. Esto justificaría la existencia de una amplia y cómoda escalera en el edificio que admite incluso un uso ceremonial. La plaza está concebida, pues, como un espacio multifuncional. Espacio que es además cerrado para un mejor control de todas las actividades que allí se realizan: comerciales con el zoco, religiosas en relación con la mezquita y políticas en relación con el alcázar. Esta disposición crea a la vez una clara relación entre la vida política, religiosa y económica, recordando modelos posteriores como la de las ciudades utópicas o incluso reales del Renacimiento en donde palacio, iglesia y lonja se articulan en espacios urbanos de cuidado diseño mediante el control formal de sus imágenes. En este caso la arquitectura de clara influencia oriental sasánida de los dos grandes edificios, alcázar y mezquita, queda articulada mediante una concepción urbana mas integrada en la tradición clásica occidental.

El ambicioso proyecto urbanístico desarrollado en la ciudadela de Amman guarda cierta similitud, en su alcance y envergadura, con los primitivos asentamientos de traza ortogonal y bien planificados de los *amsar* fundados por los príncipes omeyas como 'Anŷar, Ramla o Ayla. Al igual que en estas fundaciones, creemos que la ciudadela de Amman estaría poblada por una elite de musulmanes vinculados al sistema de gobierno, que constituiría una auténtica oligarquía de la nueva estructura social; sin embargo también son notables las diferencias físicas entre Amman y los *amsar.* En efecto, la planta de la ciudadela de Amman no está condicionada, como en las mencionadas fundaciones, por la rígida estructura derivada de la ciudad helenística que confina el complejo áulico a uno de los cuadrantes, sino que en Amman se da una jerarquización mucho mayor de los espacios urbanos, de manera que el palacio, el zoco y la mezquita ocupan una posición axial que les otorga una preeminencia clara en la implantación, de la que carecen los ejemplos antes mencionados. En el punto preeminente de la colina se han dispuesto palacio y mezquita en demostración palpable de que la fe y el gobierno son teóricamente inseparables: el Islam es religión y estado. La legitimidad del príncipe emana del propio califa, director de la *umma* y sucesor del Profeta, mientras que la mezquita es el lugar donde cada viernes se pronuncia la *jutba,* el sermón político-religioso que se encabeza con la advocación al gobernante (Chalmeta 2001:149). En otras palabras, la organización urbana de la ciudadela de Amman es el reflejo de las necesidades de una nueva sociedad para la que no servía el vetusto patrón de las ciudades-campamento clásicas, y anuncia un modelo que con pocas variedades ha sido el dominante en las ciudades islámicas tradicionales prácticamente hasta nuestros días; recordemos, por ejemplo, la articulación en torno a una plaza de zocos, palacios y mezquita en la Isfahán del *shah* Abbas.

La existencia del zoco en el centro de la ciudad, conformando la plaza en que se agrupan los edificios simbólicos de la nueva realidad, es una prueba que incide en la importancia que en la sociedad musulmana tuvo el desarrollo de las actividades industriales y comerciales como base de un desarrollo económico en el que se sustentó el nuevo estado. El zoco estable, a diferencia del mercado temporal, es un elemento plenamente urbano que fue impulsado por los príncipes omeyas, al menos desde época de Mu'awiya de quien Ibn Zubala explica que levantó dos edificios en el zoco de Medina. Fue, sin embargo, Hišam b. 'Abd al-Malik el «gran constructor de zocos», pues según las fuentes árabes ordenó que se levantaran los de Basora, Kufa y Medina. En tiempos de Hišam (Chalmeta 1973:137-146) se produce

definitivamente el paso del mercado-solar al zoco-edificio, el espacio abierto se transforma en recinto con puertas que se cierran de noche, y se establecen puestos permanentes por los que se pagan tasas al Estado. La existencia de un zoco o centro de actividad comercial sería otro argumento en favor de considerar la autonomía de esta ciudad áulica pues con ello estaría dotada de todos los elementos para ser considerada *madina:* zoco y mezquita del viernes. En este caso, se uniría también el palacio como sede del gobernante.

El proyecto constructivo desarrollado en la ciudadela de Amman ilustra una faceta hasta ahora poco conocida de la actividad edilicia omeya, como es la transformación y adecuación de las ciudades preexistentes que fueron elegidas como capitales por los nuevos príncipes, de las que tenemos mucha menos información que de las residencias principescas extraurbanas; en este sentido, tal vez el complejo palatino documentado recientemente en Jerusalén sea el único ejemplo comparable. La envergadura del plan urbanístico desarrollado en Amman es propia de una importante capital provincial en la que residía un *'amil* que gobernaba la Balqa' y dependía directamente de Damasco. En la ciudadela debió de hallarse la ceca y el tesoro público del que se adueñó Sulayman, el hijo del califa Hišam que había sido encarcelado en Amman por Walid II.

La configuración urbana de la colina de Amman no nos debe hacer olvidar que, a diferencia de los ejemplos que venimos mencionando, no se trata de una *madina* independiente sino de una alcazaba vinculada a la ciudad que se extendía a sus pies. Estamos, en consecuencia, ante una *madina* áulica muy parecida a la Alhambra de Granada construida cinco siglos después: un espacio en alto, fortificado y aislado de la ciudad baja aunque comunicado con ésta mediante puertas, que comprende un edificio de representación en donde debió morar el príncipe y sus allegados, junto con áreas residenciales próximas que necesariamente estarían destinadas a gentes muy leales al gobierno e indudablemente musulmanas. De hecho, las fachadas del palacio hacia la ciudadela no presentan los característicos elementos militares, por lo general torreones, más o menos simbólicos que suelen expresar el poder militar del soberano de cara a unos súbditos potencialmente levantiscos; por el contrario las defensas que rodean la colina fueron cuidadosamente reedificadas por los príncipes omeyas dotándolas de una muralla con torres de escaso saliente. No parece arriesgado suponer que las residencias de la ciudadela estuvieran destinadas a elementos de diferentes tribus estrechamente vinculadas al poder, tal y como sucedía en Kufa y en Fustat. De hecho, la disposición urbana de la ciudadela con la mezquita en el centro del barrio residencial, la estrecha vinculación de éste con la *dar al-imara* y, sobre todo, el carácter planificado del conjunto, revela estrechas analogías con los núcleos urbanos ortogonales de las ciudades de nueva fundación, como los Ahl al-'Aliya, Ahl al-Kufa y Ahl al-Raya de Basora, Kufa y Fustat respectivamente. Estamos, en definitiva, ante una organización ciudadana impuesta desde el poder que se revela como un modelo extendido con la conquista para facilitar el establecimiento de la nueva organización administrativa.

Ello nos obliga a insistir en el carácter de precedente que como ciudad áulica puede atribuirse a la ciudadela de Amman en la larga tradición de ciudades palatinas construidas a todo lo largo del mundo islámico. Este modelo de nueva ciudad se caracteriza por su aislamiento físico de la ciudad principal, ya sea por una distancia conveniente pero nunca excesiva, ya sea por un sistema de fortificaciones. La ciudad es autónoma pero guarda fuertes vínculos con la ciudad matriz de la que se separa y a la que pretende controlar. Alberga todas las funciones propias del gobierno, e incluso las religiosas y comerciales duplicando en cierto modo respecto a aquella los elementos característicos de una *madina.* La construcción de la ciudad circular de al-Mansur en Bagdad, la de Madinat al-Zahra' cerca de Córdoba por los omeyas de al-Andalus, las fundaciones de Raqqada y Sabra Mansuriya junto a Qayrawan por los aglabíes y fatimíes o de al-Qahira junto a Fustat por estos últimos, y ya en época más tardía la Alhambra nazarí construida como ciudad áulica junto a Granada, son un buen ejemplo de una tradición cuyo primer eslabón podemos considerar establecido en la ciudadela de Amman.

Las ciudades abbasíes

Bagdad

En el 750 los omeyas son depuestos y casi exterminados en oriente a manos de los abbasíes. El centro del poder del mundo islámico se traslada desde Siria a Irak y la capital de Damasco a Bagdad. El segundo califa de la nueva dinastía, al-Mansur, construye entre los años 762 y 766 la nueva capital junto al Tigris para albergar su palacio y su corte inaugurando la larga serie de nuevas ciudades del período abbasí. El emplazamiento fue objeto de una larga búsqueda como lo será el de otras ciudades áulicas (Fig. 6).

La nueva ciudad se trazó con forma circular siguiendo modelos orientales sobre todo sasánidas y tuvo un carácter eminentemente palatino, pues la mayor parte de su superficie estaba destinada al palacio y a una gran plaza o espacio central que lo rodeaba. Nada queda hoy día de esta singular ciudad que quedó destruida y absorbida por su continua expansión. La detallada descripción que de la ciudad y su construcción nos proporcionan diversos autores nos permiten hacernos una idea de su forma y disposición (Creswell 1940:4-18). Lo más singular de la ciudad es sin duda su forma circular, que la emparenta de modo directo con las ciudades sasánidas ya mencionadas (Fig. 7).

Estaba rodeada de una doble muralla, precedida por un foso inundable. Entre ambas murallas había un corredor o *fasil.* Contaba con cuatro puertas orientadas según las direcciones de los caminos de acceso, con una doble estructura defensiva, la exterior con entrada en recodo y la interior recta sobre la cual había una sala cubierta con cúpula, que indica la preeminencia que en la arquitectura islámica se ha dado siempre a la puerta como elemento utilitario, pero también simbólico. De las puertas arrancaban cuatro calles cubiertas, dotadas a ambos lados de una serie de cámaras o habitaciones para alojamiento de la guardia. Estas calles delimitaban áreas residenciales destinadas a cortesanos, servidores y soldados. Una calle circular concéntrica a la muralla circunscribía el área del palacio al que estaba destinado todo el espacio central, de gran extensión. Ocupando el centro de los círculos estaba el palacio cuyo núcleo principal era un salón del trono cubierto por una cúpula y al que se accedía por un *iwan* o sala rectangular abierta en uno de sus frentes. El palacio contaba además con otras dependencias no descritas. Adosado al mismo estaba situada la mezquita, de gran extensión y con forma de sala hipóstila construida en un primer momento con columnas de madera. En tiempos de Harum al-Rašid fue reconstruida con ladrillo y posteriormente ampliada. Rodeando el palacio y la mezquita se extendía un amplio espacio libre con otros edificios y residencias, unos dentro de la propia plaza y otros ocupando todo su perímetro constituyendo el área residencial y administrativa directamente relacionada con el califa (Creswell-Allan 1989:233-235).

La misma forma de la ciudad, con su disposición circular, nos indica que se trata de un proyecto autónomo, sin previsión de crecimiento fuera de sus límites, concebido en su totalidad y que aspira a perpetuarse sin trasformaciones. La forma elegida está llena de connotaciones simbólicas que con la ubicación del binomio palacio-mezquita en su centro alude claramente al carácter religioso de la sociedad musulmana y al origen divino del poder del califa. La ciudad tenía una función áulica evidente que no solo queda manifestada por la ubicación del palacio, sino por la extensión que el área exclusiva del califa ocupaba respecto al resto de la población. Las áreas residenciales tenían una extensión limitada y existía una preponderancia de los elementos militares y de protección que garantizaban el aislamiento y la seguridad del califa.

Samarra

En 834 el califa abbasí al-Mu'tasim abandonó Bagdad en busca de una nueva capital con el objeto de evitar el continuo conflicto que sus tropas de mercenarios turcos generaban en la ciudad. Eligió para ello un lugar 95 km aguas arriba del río Tigris (Northedge 1987) (Fig. 8), en su margen izquierda no lejos de donde Harum al-Rašid había construido un gran recinto octogonal conocido como al-Qadisiya (Fig. 8 extremo inferior), sin duda influido por la planta de Bagdad. El núcleo principal de la nueva ciudad fue un gran complejo palatino conocido como el Dar

al-Jalifa, compuesto por dos conjuntos, el Dar al-Amma o palacio público y el Yausaq al-Jaqani, la residencia del califa y sus familiares (Northedge 1993). El Dar al-Amma disponía de un extenso jardín en la ribera del río desde el que por una monumental escalinata se llegaba a la puerta propiamente del palacio, con forma de triple *iwan*. Tras ella se extendía un enorme conjunto de construcciones dentro de las que destaca el salón del trono de planta cuadrada cubierta por una cúpula y flanqueada por cuatro *iwanes*. Un gran vestíbulo ponía en comunicación estas salas protocolarias con una amplia explanada interior de 350 × 180 metros en cuyo extremo oriental había otra edificación compuesta por un estanque hundido en el terreno y rodeados de cámaras subterráneas para uso en las épocas de calor. Dispuesto en sentido transversal al eje del palacio se extiende un campo de polo con una tribuna que servía también para contemplar las carreras de caballos que se desarrollaban en una pista de más de 10 km que comienza y termina a sus pies. Otras dos pistas de carreras se dispusieron con formas diversas en el área situada al este de la ciudad. El palacio privado parece haber estado situado al norte del Dar al-Amma.

Desde el palacio arrancaba una gran avenida en dirección sur, hacia los zocos y la mezquita aljama situados en donde hoy está la población actual de Samarra. A ambos lados de la avenida se extendían los distintos barrios de alojamiento de los cuerpos militares del ejército califal.

A la muerte de al-Mu'tasim su sucesor al-Wathiq tomó la decisión de permanecer en la nueva capital construyendo un nuevo palacio y provocando con ello el afianzamiento de la población. Durante el reinado de al-Mutawakkil (847-861) tiene lugar el máximo apogeo de Samarra (Creswell 1940:254-261,265-270,277-288). Este califa gastó sumas extraordinarias en la construcción de innumerables edificios mostrando su amor por la arquitectura y su afán de dejar patente su poder a través de ella. Es bien expresiva a este respecto la frase que le atribuye Ya'qubi tras construir la nueva ciudad de al-Ŷa'fariya al norte de Samarra: «Ahora ya sé que soy sin duda un rey, porque he construido una ciudad y vivo en ella» (Creswell 1940:277). Esta frase expresa con absoluta claridad el sentido que la construcción de palacios y ciudades ha tenido en todo tiempo y de un modo especial en el mundo islámico.

Al Mutawakkil empezó habitando el palacio de su predecesor y ampliando la ciudad hacia el este con nuevas avenidas paralelas a la primitiva arteria principal así como edificando una nueva mezquita. Tres nuevos palacios de gran tamaño se construyeron al sur de la ciudad: al-Istabulat, al-Mušarrahat y Balkuwara, los dos primeros con amplios parques para cazar y el último con nuevos cuarteles para las tropas. Todos estos palacios eran en realidad grandes complejos con estructura de auténticas ciudades, pues aparte de las zonas protocolarias, generalmente dispuestas con el esquema de una sala de trono con cúpula y cuatro *iwanes*, y las estancias y elementos propios de la residencia principal, existen dentro de los recintos un gran número de viviendas con estructura común que permiten suponer que en estos complejos podían llegar a albergar una población de varios miles de personas.

En 859 al-Mutawakkil inició la construcción de una nueva ciudad al norte de la precedente, citada como al-Mutawakkiliya o al-Ŷafariyya. Esta nueva ciudad se organizó en base a una gran avenida central que sigue la dirección del río y ponía en comunicación un nuevo palacio, Qasr al-Ŷafari, situado al norte, con la mezquita de Abu Dulaf y los cuarteles de las tropas situadas en el extremo meridional siguiendo un esquema similar al de la ciudad de al-Mu'tasim.

Los enormes dispendios ocasionados por tan ingentes labores constructivas y la propia naturaleza de estas ciudades, auténticos cuarteles de tropas mercenarias, así como el aislamiento del soberano que esto comportaba acabaron llevando al califato a una profunda crisis. Finalmente, en el reinado de al-Mu'tamid, en la década del 870, se hizo al ejercito abandonar Samarra aunque ésta siguió siendo la capital oficial hasta que en 892 al-Mu'tadid restableció la capital en Bagdad. Todavía en época de al-Mu'tamid se construye otro gran palacio en la ribera occidental del río. Después de perder la capitalidad la ciudad sufrió inmediatamente un rápido despoblamiento y empezó a ser ignorada en las fuentes escritas acabando con el tiempo convertida en un extensísimo campo de ruinas.

Al-Abbasiyya y Raqqada

Siguiendo el ejemplo de sus soberanos y protectores, primero en Bagdad y luego en Samarra, los emires aghlabíes que gobernaban la provincia de Ifriqiya (actual Túnez), trasladaron su residencia fuera de Qairawan construyendo para ello sucesivamente dos ciudades áulicas a escasos kilómetros de la capital, el antiguo *misr* que fundara Sidi Oqba en el momento de la conquista (Marçais 1954:27). La primera de ellas, Qasr al-Qadima a la que también se dio el nombre de al-Abbasiya, fue construida por Ibrahim I en 801. Sus sucesores continuaron construyendo palacios y pabellones a los que acompañaban baños, bazares, caravansares y una mezquita mayor. El palacio de Al-Rusafa se levantaba junto a una gran plaza conocida como el hipódromo. En 877 los aghlabíes abandonaron esta primera fundación en la que de todos modos siguieron habitando sus clientes y libertos. Un año antes, Ibrahim II había iniciado la construcción de Raqqada, unos kilómetros más al sur de la primera. Esta nueva ciudad tuvo un carácter más placentero y a parte de sus palacios contaba con extensos jardines dentro de un perímetro de más de 10 km. Pese a ello la ciudad también contaba con mezquita, zocos y baños sin duda necesarios para la población que vivía en torno a la corte. De entre sus palacios destacaba el Qasr al-Bahr o Palacio del Lago, que contaba con un gran estanque, aun reconocible y que mereció encendidos elogios del primer califa fatimí, Ubayd Allah al-Mahdi, que ocupó y vivió en la ciudad hasta su traslado a Mahdiya. De las excavaciones allí realizadas apenas ha trascendido la calidad de sus piezas cerámicas en la tradición de la producciones orientales de Irak, y algunos elementos de la planta de un palacio que parece seguir la tradición de las construcciones omeyas del desierto, con muralla y torres circulares.

Las ciudades fatimíes

Mahdiya

La dinastía fatimí, afianzada inicialmente en Ifriqiya, tuvo pronto recelos de permanecer en el entorno de una ciudad populosa y con gérmenes permanentes de rebeldía como era Qairawan, y prefirió crear una nueva capital en lugar más seguro. Para ello se eligió un emplazamiento en la costa, sobre una península rocosa, en la que se construyó una nueva ciudad iniciada en 915 (Fig. 9). Su extensión resulta bastante reducida si no es por el carácter exclusivo de la ciudad destinada a ser la residencia del nuevo califa y a brindarle la necesaria seguridad (Marçais 1954:69-70,78,89-92, Lezine 1965). Para ello fue rodeada de una gruesa muralla sobre la que podía marchar la caballería, disponiendo solamente de dos puertas, de las que únicamente la que abre hacia tierra se ha conservado. Ésta se abre entre dos torres con planta semioctogonal y cuenta con un largo corredor abovedado con bancos para la guardia, alojados dentro de arcos ciegos. Otra puerta situada en el extremo de este pasaje permitía hacer de la entrada a la ciudad una auténtica fortificación con autonomía defensiva.

La mezquita ocupa un lugar preeminente, no lejos de la puerta de la ciudad, sobre terrenos ganados al mar para ensanchar el istmo de la península. Destaca de ella su puerta abierta en una estructura con carácter de torre y su aspecto austero que podría identificarse con una función defensiva. Una dársena excavada en la roca y protegida por la muralla servía de puerto seguro. No lejos de él se situó el palacio, en una posición central dentro de la ciudad. Este primer palacio, cuya entrada se orientaba hacia el oeste fue pronto acompañado por otro construido por el hijo de al-Mahdi y con orientación opuesta quedando entre ellos un espacio libre a modo de plaza. Curiosamente este mismo esquema y el mismo proceso tendrá lugar posteriormente en al-Qahira, la nueva capital fatimí de Egipto. Pese a que toda actividad ajena a la corte se desarrollaba en un arrabal exterior, no por ello la ciudad palatina dejó de contar con su propio zoco.

No obstante la defensa natural que le proporcionaba el mar que la rodeaba por la mayor parte de su perímetro, este mismo emplazamiento la hacía vulnerable ante el creciente poderío marítimo de los estados cristianos, especialmente de los normandos afincados en Sicilia que ocuparon la ciudad entre 1057 y 1248.

Sabra-Mansuriyya

Antes de trasladar su residencia a la nueva capital construida tras la repentina conquista de

Egipto, los últimos califas fatimíes que residieron en Ifriqiya, al-Mansur y al-Mu'izz realizaron la construcción de una ciudad junto a Qairawan, esta vez con un claro intento de suplantar la vieja capital, haciendo trasladar sus mercados y actividades comerciales a la nueva ciudad (Marçais 1954:79). A semejanza de la fundación del califa abbasí de su mismo nombre, al-Mansur diseñó la nueva población con planta circular dotada de cuatro puertas. Diversos palacios se construyeron en ella a partir de 947, tanto por el propio al-Mansur como por el príncipe al-Mu'izz, antes de que éste abandonara definitivamente la región para trasladarse a Egipto.

Al-Qahira

En el año 969, las fuerzas fatimíes conquistaban Egipto al mando del general Gawar. Cuatro años después entraba el califa al-Muiz en su nueva ciudad, Al-Qahira o «La Dominadora», construida por orden suya como ciudad exclusivamente áulica, situada a escasa distancia de Fustat, el primitivo *misr* fundado en el primer momento de la conquista de Egipto (Sayyid 1999:13-27, Raymond 1993:18-24) y que había compartido su condición de capital con sucesivas fundaciones de nuevos barrios que habían ido extendiéndose hacia el norte. Primero fue al-Askar, creación de los gobernadores abbasíes y después Qata'i (Raymond 1993:30-35), fundada por Ahmad ibn Tulun, inicialmente uno de éstos pero que pronto se independizó de sus soberanos de Bagdad (Fig. 10).

Gawar, siguiendo precisas instrucciones del califa, procedió a fundar la ciudad buscando signos propicios interpretados por los astrólogos (Raymond 1993:41-65). Trazó un recinto rectangular de dirección aproximada norte-sur de más de 136 Ha, construyendo una muralla de adobe con dos puertas en cada uno de sus cuatro lados (Fig. 11). Las dos principales del eje norte-sur les dio precisamente los mismos nombres que tenían las de al-Mansuriyya, Bab al-Futuh y Bab al-Zuwayla. Una avenida principal las unía comunicando con la gran plaza dispuesta en el centro de la ciudad, Bayn al-Qasrayn, («Entre-los-dos-Palacios»). El palacio califal o palacio Mayor se situó en el lado oriental y se componía de numerosos edificios y pabellones con patios y jardines interiores. Al igual que había sucedido en Mahdiya, con posterioridad se construyó otro palacio en el lado opuesto de la plaza con un cuerpo central y dos alas que la encerraban, en el lugar ocupado por vastos jardines y que recibió el nombre de Palacio Menor. Ambos se unían por medio de un corredor subterráneo que permitía el paso del califa a caballo. El palacio oriental contó con una ingente biblioteca y en la parte más meridional se dispuso un recinto funerario a donde se trajeron las reliquias de los mártires šiíes. Todo este marco arquitectónico y urbano servía de encuadre a un preciso y fastuoso ceremonial tanto de eventos civiles como religiosos o militares. La gran plaza central, de más de dos hectáreas y media de superficie, podía llegar a contener más de diez mil personas con ocasión de paradas militares o grandes audiencias, en las que el califa se aparecía desde la terraza del palacio.

Al sur del palacio se levantó la Gran Mezquita de al-Azahr, siguiendo modelos arquitectónicos y ornamentales tanto de Ifriqiya como de Persia, lugares de los que provenía el poder político y religioso de la dinastía. Aunque ampliada en diversas ocasiones, ocupa una superficie de 70 × 88 m de los que algo más de un tercio corresponde a la sala de oración. Posteriormente fueron construyéndose nuevas mezquitas, algunas de notable tamaño como la del al-Hakim situada junto a la Bab al-Futuh, la de al-Aqmar al norte de la plaza central y la de Salih Tala'i construida extramuros de la Bab al-Zuwaila, pero todas ellas dispuestas a lo largo de la avenida principal.

El resto del espacio intramuros fue ocupado por las residencias de los soldados y funcionarios, organizados según sus tribus y procedencia y que con el tiempo dieron lugar a distintos barrios a medida que se fue consolidando la estructura urbana. Parte de las tropas tuvo incluso que ser asentada fuera del recinto dando lugar a arrabales periféricos. Como puede apreciarse y al igual que ocurriera en la mayor parte de las ciudades que vamos describiendo, en sus orígenes al-Qahira fue una ciudad palatina destinada exclusivamente a albergar al califa y su corte, así como al ejército en que se basaba su poder. El núcleo principal de población seguía siendo Fustat, situada a algunos kilómetros al sur y en la que residían incluso muchas

de las personas que desarrollaban su actividad en la ciudad áulica. Pero sobre todo, en esta última tenía lugar la actividad comercial y productiva que en este período se vio notablemente favorecida e impulsada produciéndose un momento de apogeo también en la vida de Fustat.

Todo esto no impidió que con el tiempo la ciudad de al-Qahira fuera lentamente evolucionando a medida que una población cada vez más numerosa se iba asentando en ella y en sus alrededores provocando la aparición de zocos, fundaqs, baños y otro tipo de servicios y actividades propias de toda ciudad que incluso en sus comienzos se desarrollaban en locales que el propio califa arrendaba merced al monopolio que este ostentaba sobre cualquier edificación que hubiera de realizarse dentro del recinto urbano.

Algo más de un siglo después, la primitiva cerca murada construida por Gawar había desaparecido debido sin duda a su pobreza constructiva y al crecimiento de la ciudad. Por tal motivo entre 1087 y 1092 el visir Badr al-Ŷamali hizo construir una nueva y poderosa muralla, esta vez en piedra y con puertas bien fortificadas. El nuevo recinto se dispuso con un perímetro mayor, seguramente para acoger parte de los arrabales que se habían ido formando extendiendo la superficie de la ciudad hasta las 160 Ha. La disposición de las puertas fue semejante a la que tenía el primitivo recinto conservándose aún en la actualidad algunas de las del nuevo, como la Bab al-Futuh.

Al final del período fatimí la ciudad vio transformarse su primitiva función áulica para dar paso a una urbe con todas sus actividades en crecimiento. Durante el período ayyubí y sobre todo, bajo los mamelucos, el centro de la vida urbana se traslada desde Fustat hasta al-Qahira que se habían ya convertido en un único núcleo urbano merced al crecimiento de sus respectivos arrabales. La zona de los palacios fatimíes fue paulatinamente ocupada por construcciones y fundaciones pías de los sultanes ayyubíes y mamelucos despareciendo todo reflejo de la actividad palatina y protocolaria. Nuevos recintos fortificados reúnen ya a los distintos núcleos incluyendo la ciudadela fortificada en esta época y dando lugar, con su desarrollo posterior que ya no tendrá interrupción, a la mayor ciudad actual del mundo islámico

Las ciudades omeyas de al-Andalus

Madinat al-Zahra

Entre los años 936 al 941 el califa Abd al-Rahman III decidió iniciar la construcción de una nueva ciudad en las proximidades de Córdoba. Resulta evidente el claro mensaje que el soberano de al-Andalus lanzaba a través de este ambicioso programa constructivo: su carácter de gran monarca equiparable a sus antagonistas los abbasíes de Bagdad y muy especialmente los fatimíes de Mahdiya y El Cairo. Esta profusa actividad constructiva formaba parte de todo un programa de puesta en escena del poder califal recién instaurado y que con la emulación de sus antepasados de Damasco y de los abbasíes de Bagdad y Samarra trataba de dar legitimidad al califato cordobés (Vallejo 1995:73). Los distintos relatos de las crónicas ponen de manifiesto el empeño de Abd al-Rahman, secundado por su hijo y sucesor al-Hakam, de llevar a cabo la construcción de esta ciudad palatina sin escatimar medios económicos ni humanos.

La nueva ciudad fue concebida en estrecha relación con la cercana Córdoba con la que llegó a constituir una suerte de conurbación (Acién-Vallejo 1998) no muy diferente de la que la ciudad circular de al-Mansur conformó con Bagdad. La flamante ciudad aísla al monarca pero no hasta el punto de que sus súbditos dejen de percibir de modo patente y cercano el poder del soberano. El claro paralelismo que la fundación de al-Zahra tiene con la ciudad de al-Mansur o con al-Qahira constituye una prueba de la extensión y continuidad de un modelo de actuación de los soberanos islámicos que hacen de la arquitectura uno de los medios más recurrentes para ostentar su condición de grandes monarcas.

Asentada en las primeras pendientes de la Sierra de Córdoba, teniendo como eje una protuberancia rocosa que se adelanta hacia la llanura por la que discurre el Guadalquivir, la nueva urbe se planificó en forma de un gran rectángulo de 1530 × 700 m cuyos lados oriental sur y occidental tienen forma rectilínea y ortogonal mientras el septentrional sigue un recorrido quebrado adaptándose a las pendientes mas pronunciadas de la montaña (Fig. 12). Este límite norte presenta además en su centro una extensión que coin-

cide con la protuberancia rocosa ya mencionada y que debió estar ocupada por una alcazaba o recinto militar hoy aún sin descubrir.

Las estribaciones inferiores de esta protuberancia sirvieron de asiento a las distintas áreas del alcázar en una disposición jerárquica que se adapta a la topografía. Las dos vaguadas que tanto por el este como por el oeste limitan el espolón rocoso constituyen igualmente los confines del área residencial palatina. A ambos lados y por la llanura se extendía la ciudad de cuya disposición poco se puede decir todavía. Las fotos aéreas nos muestran una zona central, al sur del alcázar que apenas parece contener estructuras arquitectónicas y que cabe interpretar como una zona de jardines y parque, a modo de lo que suele conocerse como un *hair.* Por su límite oriental debía transcurrir la calzada que comunicaba la puerta meridional de la *madina* con la Bab al-Suda o puerta del alcázar que cabe interpretar estaba situada al comienzo de un largo corredor o *fasil* que recorre todo el lado oriental del jardín de la Terraza Alta. En la zona oriental y occidental de la *madina* se aprecia la existencia de numerosas estructuras. Algunas, por su especial orientación, cabe interpretarlas como mezquitas u oratorios menores pues la mezquita aljama se ha localizado en el flanco oriental del alcázar. Otras, de aspecto regular pudieron ser cuarteles o almacenes.

Lo que sí se identifica con aparente claridad es el trayecto de la muralla, que salvo en su lado norte, y como ya dijimos, sigue un recorrido rectilíneo. En el lado occidental, a semejanza de lo que se confirma en la zona excavada de la muralla norte, se observa la presencia de torres de refuerzo, dispuestas a intervalos regulares de unos 36 m, prominentes hacia el exterior de la ciudad pero enrasadas con la cara interior de la muralla. Por semejanza con otras fortificaciones coetáneas debemos pensar que dichas torres tendrían la misma altura que el adarve de los lienzos o muy poca más. No se aprecia existencia de foso o doble muralla como a veces se ha dicho. Solo han aparecido dos puertas del recinto, ambas en la zona norte, al este de la alcazaba. Una de ellas, abierta en una fase tardía de reformas, daba acceso, desde la calzada que flanqueaba la ciudad por el norte, proveniente de Córdoba, a la gran explanada que se abría delante de la puerta principal de alcázar. Otra puerta, situada unos 220 m más al oeste, era accesible después de atravesar una muralla externa de la alcazaba. Ambas puertas tenían su acceso dispuesto en doble recodo.

Tampoco tenemos información sobre la estructura viaria cuya disposición no resulta visible en las fotografías aéreas. Aparte de los pasajes de comunicación en el interior del alcázar, que por la propia naturaleza de éste pueden considerarse como calles, solo están claramente identificadas como vías urbanas las que rodean a la mezquita y que disponen de un pavimento a base de encintados de piedra caliza formando recuadros casi cuadrados en cuyo interior, además de encintados diagonales hay un relleno de lajas de piedra pizarrosa.

La mezquita se encuentra situada en una zona inmediata al alcázar, aunque independiente de éste e integrada por tanto en la ciudad (Almagro 2001: 174). Tiene planta rectangular de 57,0 × 36,7 m y está dividida en dos partes sensiblemente iguales, una ocupada por el patio y otra por la sala de oración, ambos encerrados por un muro perimetral con contrafuertes dispuestos por la cara externa. Las arquerías que determinan las naves de aquélla son perpendiculares al muro de la *qibla* y las de los extremos se prolongan formando los pórticos del patio. En el centro del lado opuesto a la *qibla* se encuentra la puerta principal, flanqueada en su lado suroeste por el alminar, mientras los otros dos lados del patio contaban con otras tantas puertas (Fig. 13, n.º 15).

La sala de oración tuvo cinco naves delimitadas por pandas de arcos sostenidos por 7 columnas exentas y otras dos supuestas adosadas en los extremos. Los pórticos del patio contaban con 6 columnas exentas además de las entregas en los pilares de ángulo. La zona de la sala de oración inmediata a la *qibla* y que corresponde a los dos primeros tramos de las arquerías, estaba pavimentada con grandes baldosas de barro cocido de color rojo y marcan la situación de la *maqsura.* El mihrab debió de ser de forma similar al de la aljama cordobesa de la reforma de al-Hakam, construido pocos años después. Tendría planta poligonal formando un espacio autónomo con arco de embocadura. A semejanza de la mezquita de Córdoba, ésta de al-Zahra contó también con un acceso directo desde el alcázar de forma que el califa podía entrar a la *maqsura* sin atravesar la sala de oración.

El alcázar de al-Zahra ocupaba el emplazamiento más elevado de la parte central de la ciudad (Fig. 12). Su entrada principal estaba constituida por un gran pórtico situado en el lado oriental y que era a la vez la fachada del palacio y el elemento que confería su imagen externa más significativa (Fig. 13, n.º 1). Desde él partían diversos accesos a las distintas dependencias del palacio público, entre las que cabe reseñar la Dar al-Yund o «casa del ejército», la Dar al Wuzara o «casa de los ministros» (Fig.13, n.º 4) y los salones de recepción situados en la terraza alta.

La Dar al-Yund estaba organizada en torno a un patio o explanada prácticamente cuadrada con pórticos en sus lados oriental y occidental y un frente con apariencia también de pórtico en el lado norte en donde se sitúa el gran salón de recepciones (Fig. 13, n.º 3). El frente del salón cuenta con una sala-pórtico cuya fachada debió ser de gran austeridad como todo el edificio. Tras esta sala-pórtico se disponen cinco crujías perpendiculares, a modo de naves, de las cuales, las tres más cercanas al eje forman un gran salón. Los vanos de comunicación entre la nave central y las laterales adoptaron una disposición tripartita, con un gran arco central y dos laterales que a su vez se organizan como vanos tripartitos con tres arcos sobre cuatro columnas.

La que en las crónicas de la época se menciona como «Azotea alta» fue sin duda alguna la zona de mayor importancia, protocolariamente hablando, de todo el alcázar califal. A ella se llegaba por un corredor desde el pórtico de acceso al palacio. Al oeste de esta terraza, en un nivel inferior y con unas dimensiones muy semejantes a ésta se extiende un gran jardín con organización de crucero (Fig. 13, n.º 14).

En el centro del jardín que ocupaba la terraza superior y rodeado de cuatro albercas había un pabellón central (Fig. 13 n.º 7), hoy en completa ruina, y cuya planta era semejante, aunque más simple, que la del situado enfrente y conocido como Salón Oriental o de Abderramán III. Por las crónicas podemos deducir que este último fue el gran salón de recepciones construido por este califa y que constituyó el centro de la actividad protocolaria de la ciudad palatina. Estaba integrado por una gran sala constituida por tres naves separadas por arquerías y precedida por una sala-pórtico. A ambos lados se disponen otras salas a modo de alcobas (Fig. 13, n.º 6).

El salón y la sala-pórtico que le precede son sin duda los espacios de mayor lujo ornamental de todo lo hasta ahora conocido de la ciudad. Los paramentos de sus muros se decoraron con grandes cuadros de ataurique con riquísimas variaciones, y alfices y cenefas que enmarcan los huecos y en los que se combinan motivos florales con otros geométricos. Las dovelas de los arcos, sean reales o fingidos, se alternan con la característica disposición de piezas lisas rehundidas pintadas en almagra con otras decoradas en saliente. Los testeros de las naves presentan arcos ciegos que centran la composición ornamental y que recuerdan los *mihrabs* de las mezquitas en una clara trasposición de formas religiosas a usos áulicos en la misma línea en que la propia sala responde, desde un punto de vista tipológico, al modelo arquitectónico de una sala de oración.

Por el lado oriental del salón hay un conjunto de construcciones que dan frente al jardín y que forman un pequeño núcleo residencial y un baño. A este último se accede desde un patio que sirve de distribuidor. La primera habitación debió ser el vestuario. A continuación están las dos habitaciones calientes cuya disposición corresponde a la típica de los baños sirios, con alcobillas laterales en que se alojaban las bañeras. Más hacia el este se encuentra el espacio del horno y la caldera.

El sector noroeste del alcázar albergaba la zona residencial en donde estaban ubicadas tanto la vivienda privada del califa como las de los servidores y dignatarios de la corte (Almagro 2001:175-182). El alcázar acentúa de este modo el carácter de sistema agregado, formado por yuxtaposición de estructuras y elementos sin que se aprecie un sistema compositivo en el conjunto, que se va articulando de manera irregular.

Este sector del alcázar tiene la disposición de un área urbana con calles o recorridos de circulación común y distintos edificios residenciales yuxtapuestos unos con otros sin aparente organización jerárquica ni compositiva. De este área merecen resaltarse los conjuntos conocidos como la Dar al-Mulk o residencia privada del califa, el Patio de los Pilares, la Casa de la Alberquilla y la casa de Yafar, junto con un grupo de viviendas menores sin duda destinadas a los servidores del alcázar.

La Dar al-Mulk está situada en la zona más alta de la ciudad ocupando un lugar privilegiado no solo por las condiciones de seguridad sino por la visión que este emplazamiento tiene sobre el resto de la ciudad y el paisaje circundante. Su original disposición es sin duda acorde con esta ubicación cuyas características aprovecha (Fig. 13, n.º 8). La zona principal consta de tres crujías paralelas delante de las cuales debió haber una gran terraza abierta hacia la ciudad y el paisaje y a la que se accedía mediante una escalera que comunicaba con otras zonas del palacio situadas en un nivel inferior.

Al sureste de la Dar al-Mulk se encuentra el llamado Patio de los Pilares (Fig. 13, n.º 9), conjunto residencial del alcázar organizado en torno a un gran patio de planta casi cuadrada de 24 × 20 m con pórticos en sus cuatro lados. Tres de estos lados cuentan con salones del tipo que será característico en los palacios y casas andalusíes posteriores. Se trata de salas muy alargadas, dispuestas transversalmente respecto al eje del patio y con una o dos alcobas o alhanías en sus extremos.

Al sur del Patio de los Pilares está otro de los conjuntos residenciales más notables del alcázar de al-Zahra. Es la llamada Casa de la Alberquilla, vivienda organizada así mismo en torno a un patio con jardín y una alberca desplazada hacia su lado oeste (Fig. 13, n.º 10). El eje principal de este patio sigue la dirección este-oeste en cuyos frentes se dispusieron fachadas con vanos de triple arco ricamente decoradas con placas de piedra labradas. La disposición del patio de esta vivienda constituye también un modelo de amplio uso en la arquitectura doméstica andalusí. Anexo a esta vivienda hay un baño muy semejante al situado junto al salón de Abderramán III. La llamada casa de Yafar es otra notable vivienda del alcázar que también cuenta con un patio sobre el que recae una fachada ricamente ornamentada (Fig. 13, n.º 11). Tras ella hay una sala pórtico con otra dispuesta perpendicularmente y flanqueada por otras dos paralelas a modo de alcobas.

Madinat al-Zahira

En el año 978-979, el *hayîb* Muhamad ibn Abi Amir, más conocido como Almanzor, para emular el poder califal que de hecho había usurpado y dejar en completo aislamiento al califa Hišam II, prisionero de facto en Madinat al-Zahra, acometió la construcción de una nueva ciudad al este de Córdoba a la que puso el nombre de Madinat al-Zahira y que pudo ya ocupar en 981 (Torres Balbás 1957:597-600). Casi nada sabemos de esta ciudad, salvo las escasas noticias que nos dan las crónicas y menos aún podemos decir de su estructura y disposición, puesto que hasta el presente nada se ha descubierto desde el punto de vista arqueológico, de ella. Ni siquiera se sabe su emplazamiento exacto del que solo se especula que pudo estar en la zona del gran meandro que forma el Guadalquivir antes de aproximarse a la ciudad de Córdoba.

En todo caso, la construcción de esta nueva ciudad palatina se encuadra perfectamente en el contexto de las acciones simbólicas relacionadas con el concepto del poder y su propaganda, a las que el *hayîb* no pudo ni quiso sustraerse. La ciudad fue totalmente destruida, hasta perderse su rastro, a la caída de los amiríes en el 1009, tras treinta efímeros años de vida, a manos de la plebe cordobesa incitada por un candidato a califa de la estirpe omeya, con el claro designio de hacer desaparecer todo rastro del usurpador del poder califal.

Laškar-i Bazar

Esta ciudad construida por los gaznavíes cerca de Bust a comienzos del siglo XI, en Afganistán, tiene indudables connotaciones con toda la arquitectura sasánida y curiosos paralelos con el alcázar de Amman (Schlumberger, 1952). Lo más destacable de este conjunto es el gran palacio situado en la ribera del río que cuenta con murallas de torres circulares, un gran vestíbulo cruciforme y una sala del trono cuadrada con *iwan* de acceso y otra gran sala posterior. Circundando un gran patio central se disponen cuatro unidades residenciales (Fig. 14).

En el exterior del palacio, y también dispuesta paralela a la orilla del río, se sitúa la mezquita de planta alargada a lo largo del muro de la *qibla*. Otras construcciones se distribuyen por todos los alrededores (Fig. 15).

Ciudades bajomedievales y modernas del occidente islámico

La Alhambra

Cuando Muhamad ibn Alhamar decidió en 1238 hacer de Granada la capital del último estado musulmán de la Península, se sumó a la larga lista de fundadores de ciudades áulicas al construir la Alhambra. Al hacerlo no solo buscaba el prestigio y renombre que proporciona toda nueva fundación, sino que se dotaba para sí y para sus sucesores de un lugar de residencia a la par seguro y privilegiado por la belleza de su emplazamiento. Los monarcas nazaríes harán con el tiempo de esta ciudad un lugar incomparable al construir suntuosos palacios, jardines y otras construcciones, algunos de los cuales para fortuna de las generaciones posteriores, han llegado hasta nosotros. La Alhambra reúne así plenamente todas las condiciones de una ciudad palatina levantada por la voluntad de un soberano para ser su lugar de residencia, separada de la ciudad principal pero en este caso ocupando un lugar dominante que permite controlarla, como vimos que sucedía en el caso de la ciudadela de Amman. La ciudad palatina se sitúa de tal modo que solo a través de su alcazaba entra en contacto con la ciudad baja manteniendo una casi total independencia, pues solo una de sus cuatro puertas permiten la comunicación entre ambas ciudades (Fig. 16).

Además de su muralla, la ciudad contó con los elementos característicos de toda *madina*: una mezquita aljama, barrios residenciales con palacios de dignatarios y casas más humildes, zocos y establecimientos industriales, todos ellos sin duda ligados al servicio de la corte de los sultanes, y sobre todo, un área palatina que ocupó la vertiente norte, compuesta por una agregación de palacios construidos de forma sucesiva y que mantenían su propia independencia (Bermúdez 1992). A ello se unían jardines y huertas tanto intramuros como en los entornos regados por un completo y eficaz sistema de acequias, albercas y norias implantado desde el primer momento de la fundación de la ciudad. Todas estas circunstancias hacen de la Alhambra un ejemplo señero de ciudad palatina que une a su inigualable emplazamiento la belleza sin par de su arquitectura, uno de los cúlmenes del arte islámico de todos los tiempos.

Fez al-Ŷadid

Emulando sin duda a los nazaríes, el sultán meriní Abu Yusuf levantó la nueva ciudad de Fez al-Ŷadid o Fez la Nueva en el año 1276. Para acometer esta fundación, el soberano hizo determinar el horóscopo de la nueva ciudad por un astrólogo famoso y después trazar el perímetro de las murallas. Tras la construcción de éstas se inició la del palacio y después la de la mezquita mayor.

La nueva ciudad se sitúa en una elevación que domina la ciudad antigua, Fez al-Bali, en la zona de su acceso principal, prácticamente en contacto con ella pero aislada por las correspondientes murallas (Fig. 17). Como en tantos otros casos, la ciudad dispone de varios recintos, uno de los cuales corresponde a una próspera judería o *mellah*, que creció a la sombra de la protección de los sultanes. El núcleo principal de la *medina* se articula respecto a una calle principal que la recorre de norte a sur y que se prolonga a través de la calle principal de la *mellah* que ocupa la zona meridional de la ciudad. La calle principal de la medina constituye el centro comercial de la ciudad formado por diversos zocos que se suceden a lo largo de su recorrido. Diversas mezquitas se localizan dentro de la medina y en especial la mezquita mayor, construida en el momento de la fundación de la ciudad.

El palacio, que hasta la actualidad ha seguido siendo residencia real, como en tantos casos, está formado por diversos recintos y construcciones en torno a grandes patios, algunos de los cuales están integrados como espacios públicos de la ciudad y entre los que destacan el Viejo Mexuar y el Pequeño Mexuar. Los palacios han permanecido en uso y por tanto se han renovado previsiblemente de manera continua y no hay datos disponibles de los mismos. Entre las construcciones, plazas y patios y los amplios jardines que se extienden al oeste de la ciudad, casi la mitad del espacio encerrado por la muralla exterior tiene un uso exclusivamente áulico.

Qasba de Marrakuš

Aunque organizada ya en época almohade, siguiendo una disposición de larga tradición pero que éstos se encargaron de desarrollar con intensidad, la Alcazaba de Marrakuš alcanza la catego-

ría de ciudad palatina con la dinastía Sa'adí. Es muy probable que esta estructura ya existiera en tiempo de sus primeros constructores y que parte de la organización interna de la Qasba se haya establecido ya en ese momento y de forma especial los grandes jardines y huertos, pero la mayor parte de las construcciones palatinas que hoy contemplamos son del periodo de los sultanes saadíes.

La *qasba* de Marrakuš (Fig. 18) ocupa un recinto de planta rectangular que se acopla al de la ciudad por su extremo meridional (Barrucand 1985:111-122). A él se une a su vez el de los jardines y huertos del Aghdal que se extienden aún más al sur en un área de 3 kilómetros de longitud por 1.5 de anchura. La *qasba* fue construida inicialmente para albergar las residencias de los califas almohades y de sus tropas abandonando el primitivo palacio y recinto construido por Ali ben Yusuf junto al actual emplazamiento de la mezquita Kutubiyya. Este palacio fue arrasado tras la conquista de la ciudad y junto a su solar se construyó la nueva mezquita aljama. La nueva *qasba* comunicaba con la ciudad a través de una puerta monumental, Bab Agnau, junto a la que se construyó una mezquita para el servicio de los habitantes de este recinto en un emplazamiento que recuerda el de la nueva aljama sevillana ya que el edificio religioso se integra en las murallas que separan la medina del recinto palatino y militar. La estructura urbana actual de la *qasba*, seguramente fruto de su progresiva trasformación en barrio residencial, se basa en una vía principal que comunica la puerta antes aludida con la mezquita y la puerta principal del palacio situada en el lado sur. Éste ocupa una zona de proporción alargada entre el barrio residencial y el barrio judío o *mellah*, surgido sin duda al abrigo y protección de los soberanos. La zona meridional del palacio tiene a su vez comunicación con los jardines y huertos del Agdhal.

De la *qasba* sa'adí tenemos algunas descripciones que permiten conocer su disposición aparte de haberse conservado algunos de sus edificios más notables, siquiera en ruina. Junto a la mezquita se sitúa el cementerio real con varias qubbas funerarias y su correspondiente jardín. Entre este y el actual palacio de el Badi, que era el gran palacio de recepciones, se encontraban los apartamentos reales privados y al sur de ambos las zonas de servicio con baños, hospedería, la ceca, las cocinas, etc. En la zona más oriental, hoy en parte ocupada por el actual palacio, se extendía una franja de jardines.

Lo más destacado de este conjunto era el gran palacio de recepciones de el Badi, mandado construir por Ahmad al-Mansur entre 1598 y 1604 (Meunier 1957). Está formado por un gran patio rectangular de 136 m de largo por 110 de ancho ocupado en su mayor parte por cuatro grandes arriates cuya vegetación está plantada rehundida en el terreno más de tres metros (Fig. 19). Un gran estanque ocupa todo el centro del patio con una pequeña isla en el centro a la que se llega por medio de pequeñas pasarelas. En los dos extremos del eje mayor había dos grandes pabellones con forma de qubba en una disposición que recuerda la del patio de los leones aunque en escala gigante. Ambos pabellones están flanqueados por otros dos estanques en cada lado. En los cuatro ángulos del patio hay sendos conjuntos formados por salas con pórticos y numerosas habitaciones mientras otros núcleos residenciales se extienden alrededor de todo el perímetro del patio.

Este singular conjunto, construido con tapial y ladrillo y que debió estar ricamente decorado con columnas y solerías de mármol y magníficos alicatados tuvo una vida efímera ya que fue sistemáticamente expoliado por Mulay Ismail a partir de 1696 y sus materiales trasportados a Meknes para su reutilización en la nueva ciudad áulica por él fundada.

Meknes

El segundo soberano de la dinastía alauí, Muley Ismail tras la pacificación lograda después de las continuas luchas que hubo de sostener para consolidar su gobierno decidió fundar una nueva capital distinta de las antiguas, Marrakuš y Fez, cuyas revueltas habían sido constantes al comienzo de su reinado. La ciudad, de una extensión enorme y que cuenta con muchos kilómetros de murallas de tapial fue una obra que se desarrolló a partir de la última década del siglo XVII hasta la muerte del rey en 1727. Aunque su hijo y sucesor continuó con alguna construcción, tras su muerte la ciudad entró pronto en decadencia pues los soberanos alauíes que les sucedieron compartieron su residencia entre Fez y Marrakuš.

La ciudad se compone de una serie de recintos yuxtapuestos (Fig. 20), los más septentrionales ocupados por la población musulmana y judía, otros por distintos palacios y finalmente los más meridionales estuvieron destinados a huertos y jardines (Barrucand 1985:101). De los palacios merece destacarse el Dar al-Kebir, el más próximo a la *madina*, el Dar al-Madraza y el Qasr al-Muhhanaša. Otras importantes estructuras estaban destinadas a almacenes, a la extracción de agua por medio de norias para abastecer un gran estanque y a otros palacios secundarios.

Meknes cierra el ciclo de las ciudades palatinas del Islam del período altomedieval y moderno en occidente. Otras ciudades palatinas fueron construidas a lo largo de todo el mundo musulmán, que no recogemos aquí por corresponder ya a fases culturales y localizaciones muy alejadas del objeto de este ciclo. Solo a título de cita podemos mencionar otros ejemplos como el Topkapi Saray otomano en Istambul, la Samarcanda timurí, la Isfahan safawi o la Fathpur Sikri mogol en la India (Barrucand 1985:123-162). Todos ellos son otras muestras de un mismo espíritu que a lo largo de los siglos movió siempre a los detentadores del poder a expresar mediante la fundación de ciudades su poderío y que especialmente bajo el Islam tuvo una singular y marcada presencia.

Bibliografía

ACIÉN ALMANSA y M. VALLEJO TRIANO, A. 1998, «Urbanismo y Estado islámico: de Corduba a Qurtuba-Madinat al-Zahra», en CRESSIER, P. y GARCÍA ARENAL, M. *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental,* Madrid, págs. 107-136.

ALMAGRO, A. 1983, *El Palacio Omeya de Amman, I. La Arquitectura,* Madrid.

ALMAGRO, A. y JIMÉNEZ, P. NAVARRO, J. 2000, *El Palacio Omeya de Amman, III. Investigación Arqueológica y restauración, 1989-1997,* Granada.

ALMAGRO, A. 2001, «La arquitectura en al-Andalus en torno al año 1000: Medina Azahra», en *La Península Ibérica en torno al año 1000. VII Congreso de Estudios Medievales.* León.

BARRUCAND, M. 1985, *Urbanisme Princier en Islam, Meknes et les villes royales islamiques post-médiévales,* Paris.

BERMÚDEZ LÓPEZ, J. 1992, «Una introducción a la estructura urbana de la Alambra», en *Al Andalus. Las Artes Islámicas en España,* págs. 153-161, Madrid.

CRESSWELL, K.A.C. 1940, *Early Muslim Architecture, vol. II,* Early Abbasids, Umayyads od Cordova, Aghlabids, Tulunids and Samanids, A.D. 751-905, Oxford.

CRESSWELL, K.A.C. 1969, *Early Muslim Architecture, vol. I,* Umayyads A.D. 622-750 (part. 1 & 2), Oxford.

CRESSWELL, K.A.C. y ALLAN J.W. 1989, *A short Account of Early Muslim Architecture,* Aldershot.

CUNEO, P. 1986, *Storia dell'urbanistica. Il mondo islamico,* Bari.

CHALMETA, P. 1973, *El «señor del zoco» en España,* Madrid.

CHALMETA, P. 2001, «Poder y sociedad andalusí», en *La península ibérica en torno al año 1000. VII Congreso de Estudios Medievales.* León.

FRANKFORT, H. 1982, *Arte y Arquitectura del Oriente Antiguo,* Madrid.

LÉZINE, A. 1965, *Mahdiya,* Paris.

GRABAR, O.; HOLOD, R.; KNUSTAD, J. y TROUSDALE, W. 1978, *City in the Desert, Qasr al-Hayr East,* Cambridge, Mass.

HERRMANN, G. 1977, *The Iranian Revival,* Oxford.

JIMÉNEZ, A. 1996, «Quién diseñó la casa de Umm-Salama», *Arquitectura en al-Andalus. Documentos para el Siglo XXI,* Barcelona, págs. 17-25.

MANGO, C. 1975, *Arquitectura Bizantina,* Historia Universal de la Arquitectura dirigida por P.L. Nervi, Madrid.

MARASOVIC, T. 1982, *Diocletian's Palace,* Belgrado

MARḴAIS, G. 1954, *L'Architecture Musulmane d'Occident, Tunisie, Algérie, Maroc, espagne et Sicile,* Paris.

MEUNIER, J. 1957, «Le grand Riad et les batiments saadiens du Badi' a Marrakech selon le plan publié par Windus», *Hesperis,* XLIV, págs. 129-134.

NORTHEDGE, A. y FALKNER, R. 1987, «The 1986 Survey Season at Samarra», *Iraq* 49, págs. 143-173.

NORTHEDGE, A. 1992, *Studies on Roman and Islamic 'Ammān,* New York.

NORTHEDGE, A. 1993, «An interpretation of the palace of the caliph at Samarra (Dar al-Khalifa or Jawsaq al-Khaqani)», en *Ars Orientalis,* 23.

RAYMOND, A. 1993, *Le Caire,* Paris.

SAUVAGET, J. 1934, «Esquisse d'une histoire de la ville de Damas», en *Revue des études islamiques,* (1934).

SAYYID, A.F. 1999, *La Capitale de L'Égipte jusqu'à l'Époque Fatimide. Al-Qahira et al-Fustat. Essai de Reconstruction topographique,* Beirut.

SCHLUMBERGER, D. 1952, «Le Palais Ghaznévide de Lashkari Bazar», en *Syria* XXIX, págs. 251-270.

TORRES BALBÁS, L. 1957, «Arte Hispanomusulmán. Hasta la caída del califato de Córdoba», en MENÉNDEZ PIDAL, R. (Dir), *Historia de España,* vol. V, Madrid.

VALLEJO, A. 1995, «El proyecto urbanístico del estado califal: Madinat al-Zahra», en *Arquitectura del Islam Occidental,* LÓPEZ, R. (Coord). Barcelona, págs. 69-81.

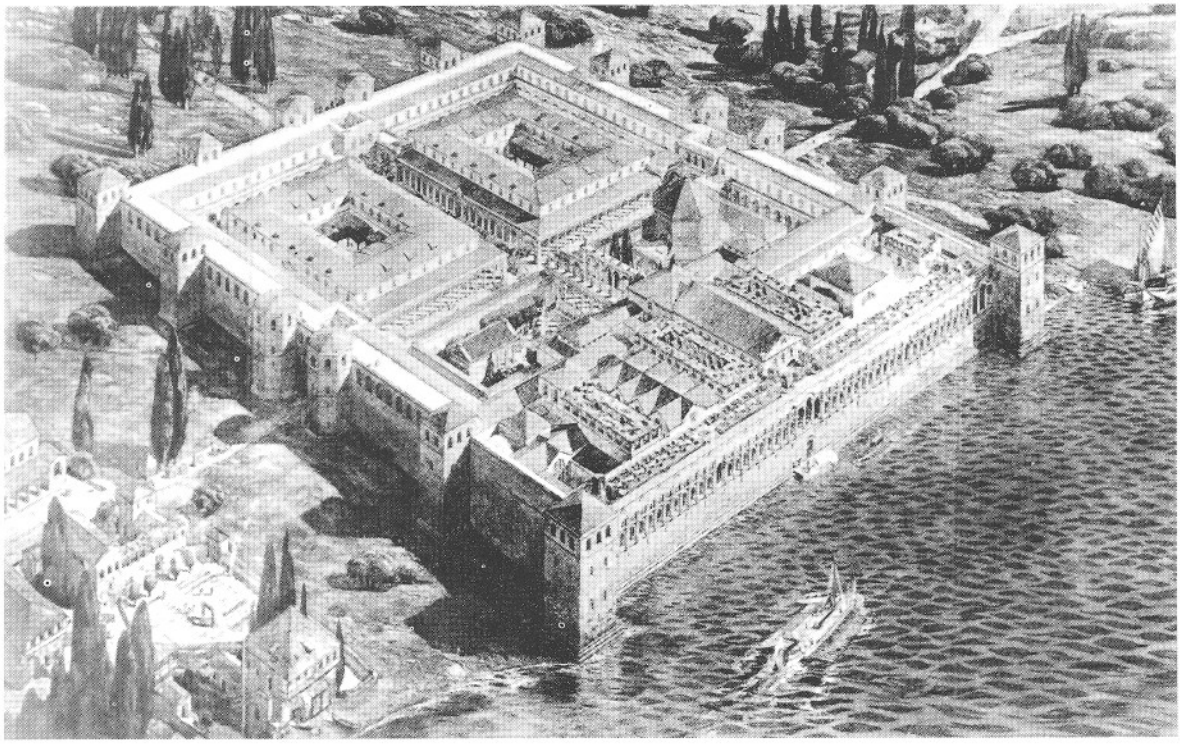

Fig. 1. Palacio de Diocleciano en Spalato (Split) según Hébrard

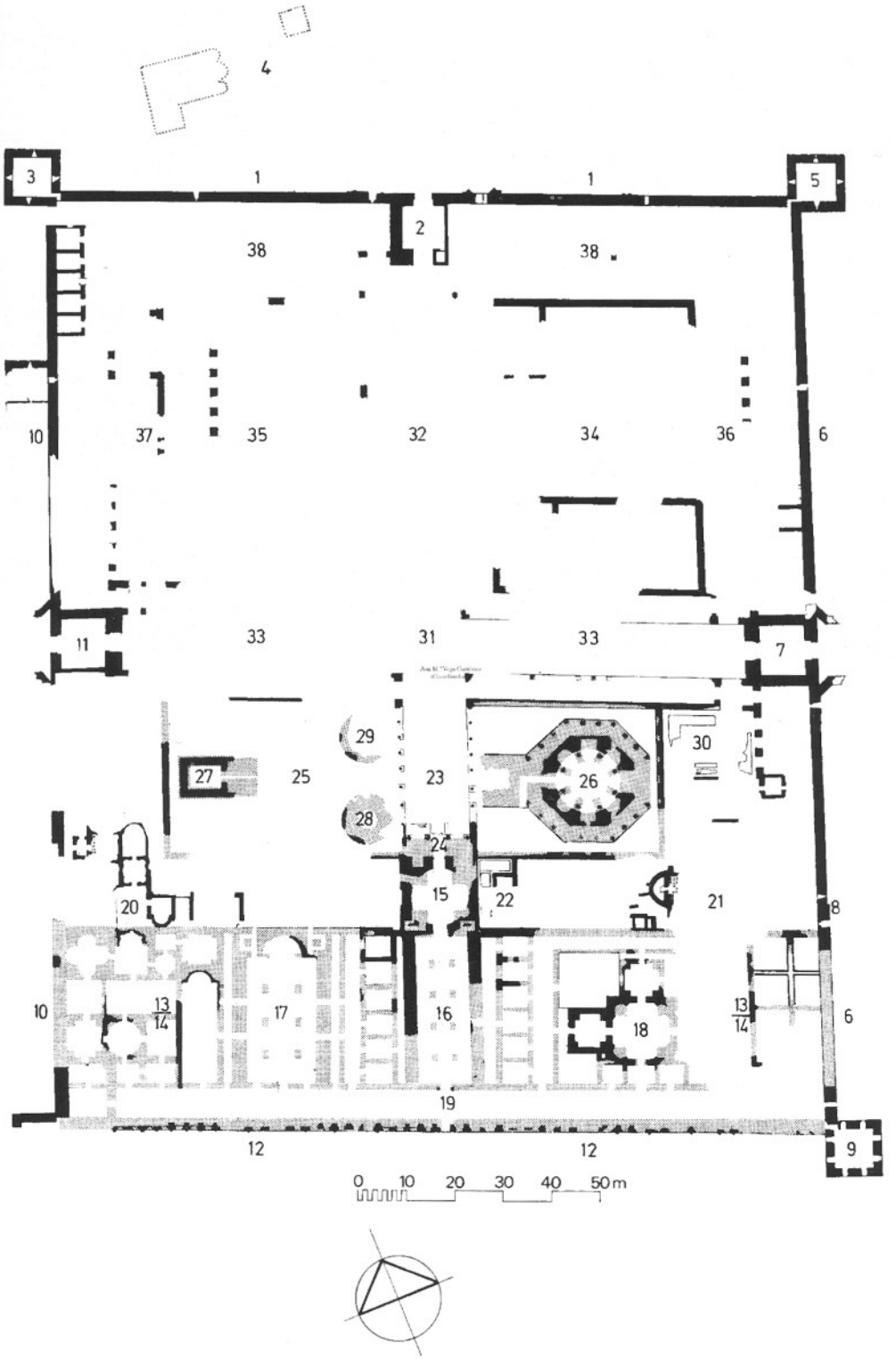

Fig. 2. Restos conservados del palacio de Spalato (Marasovic)

Fig. 3. Planta de la ciudad de Anŷar (Chehab-Kalayan)

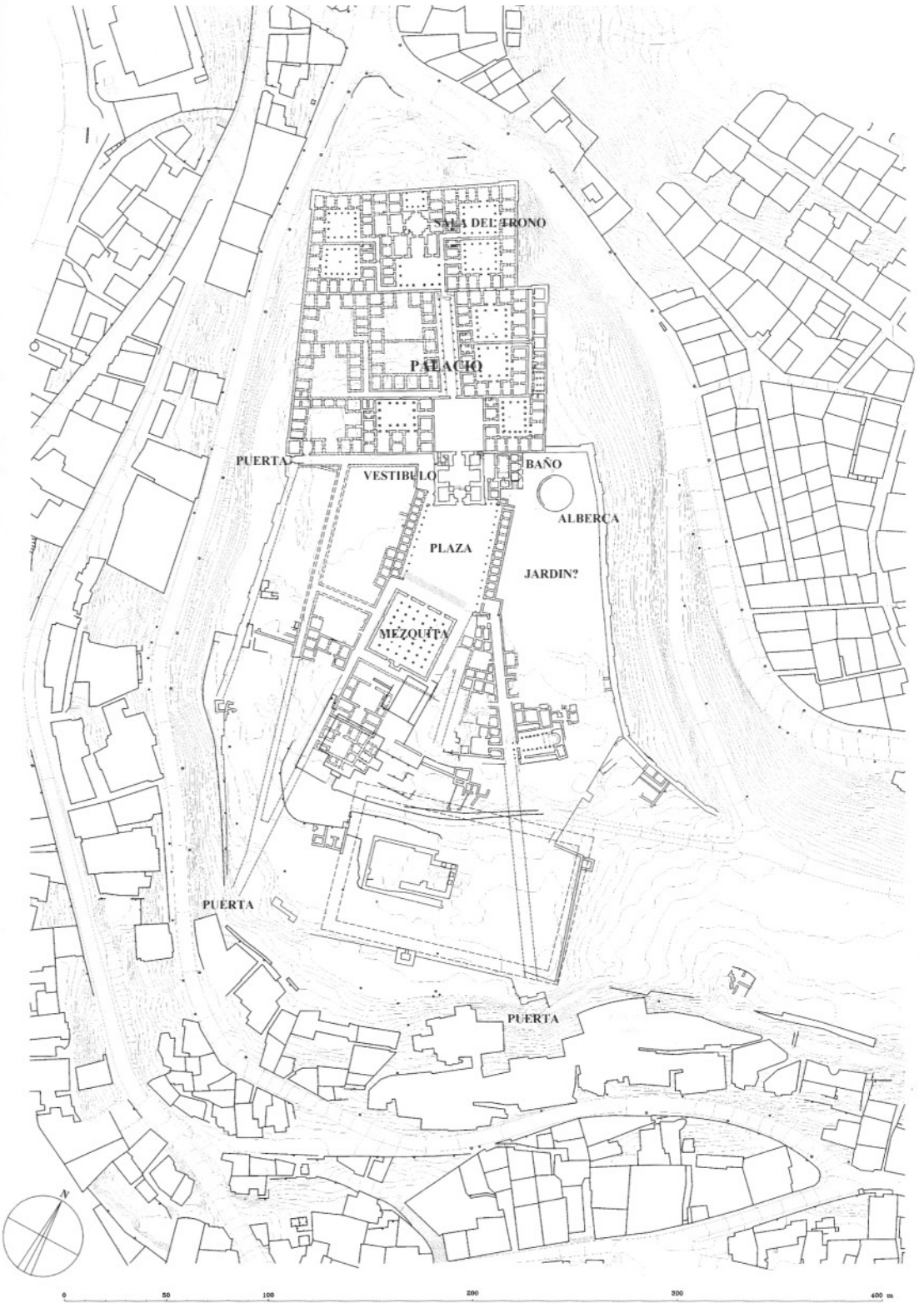

Fig. 4. Planta de la ciudadela de Amman.

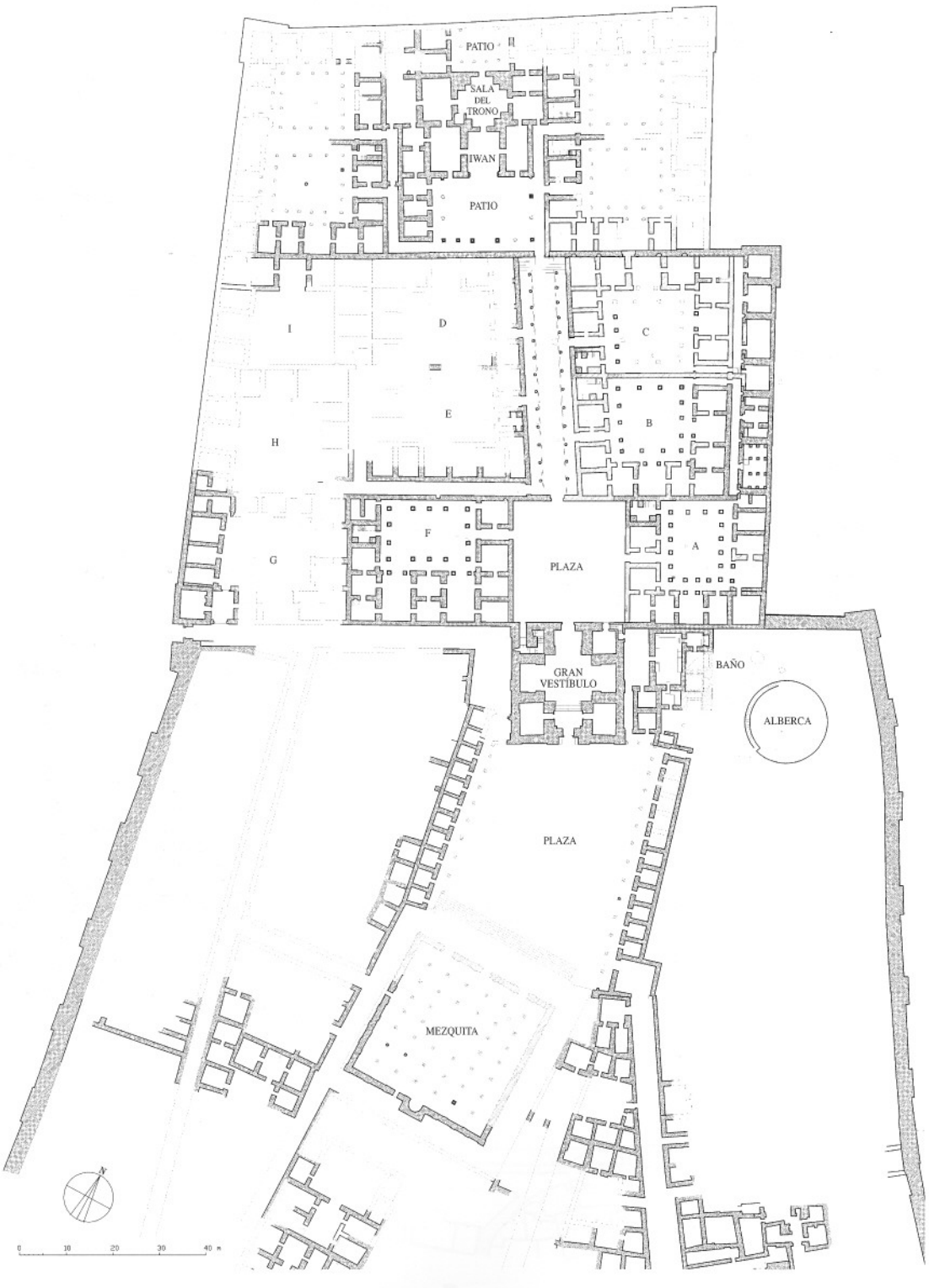

Fig. 5. Planta del Alcázar de Amman.

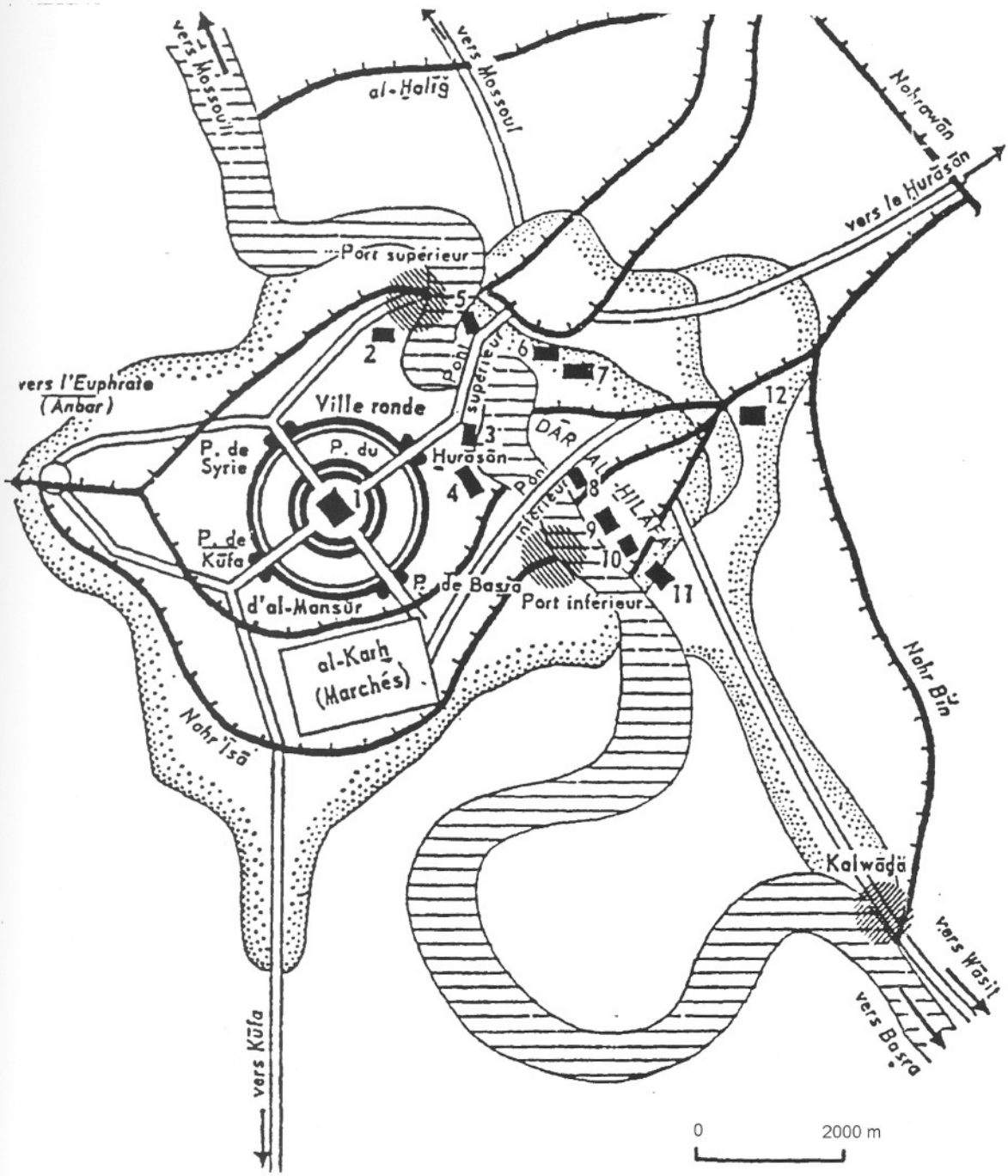

Fig. 6. Planta del emplazamiento de la ciudad de al-Mansur en Bagdad.

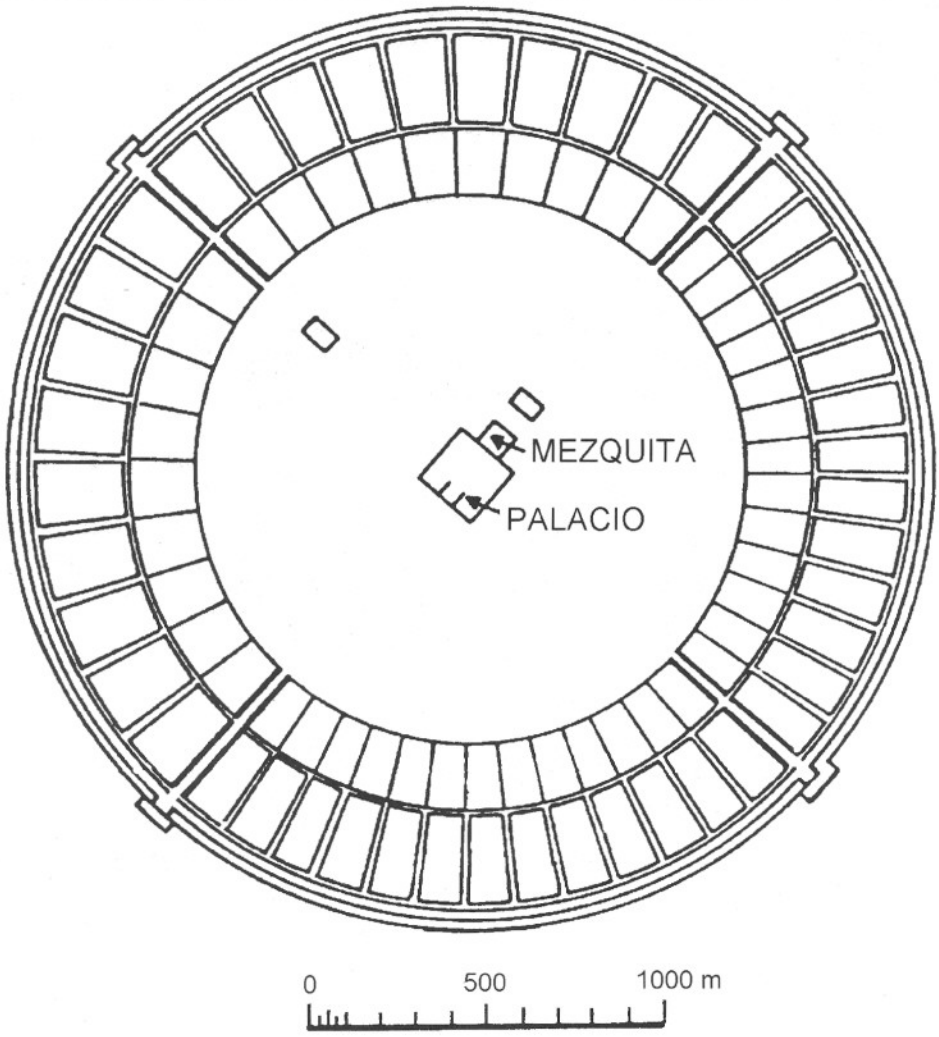

Fig. 7. Planta de la ciudad circular de Bagdad (Creswell).

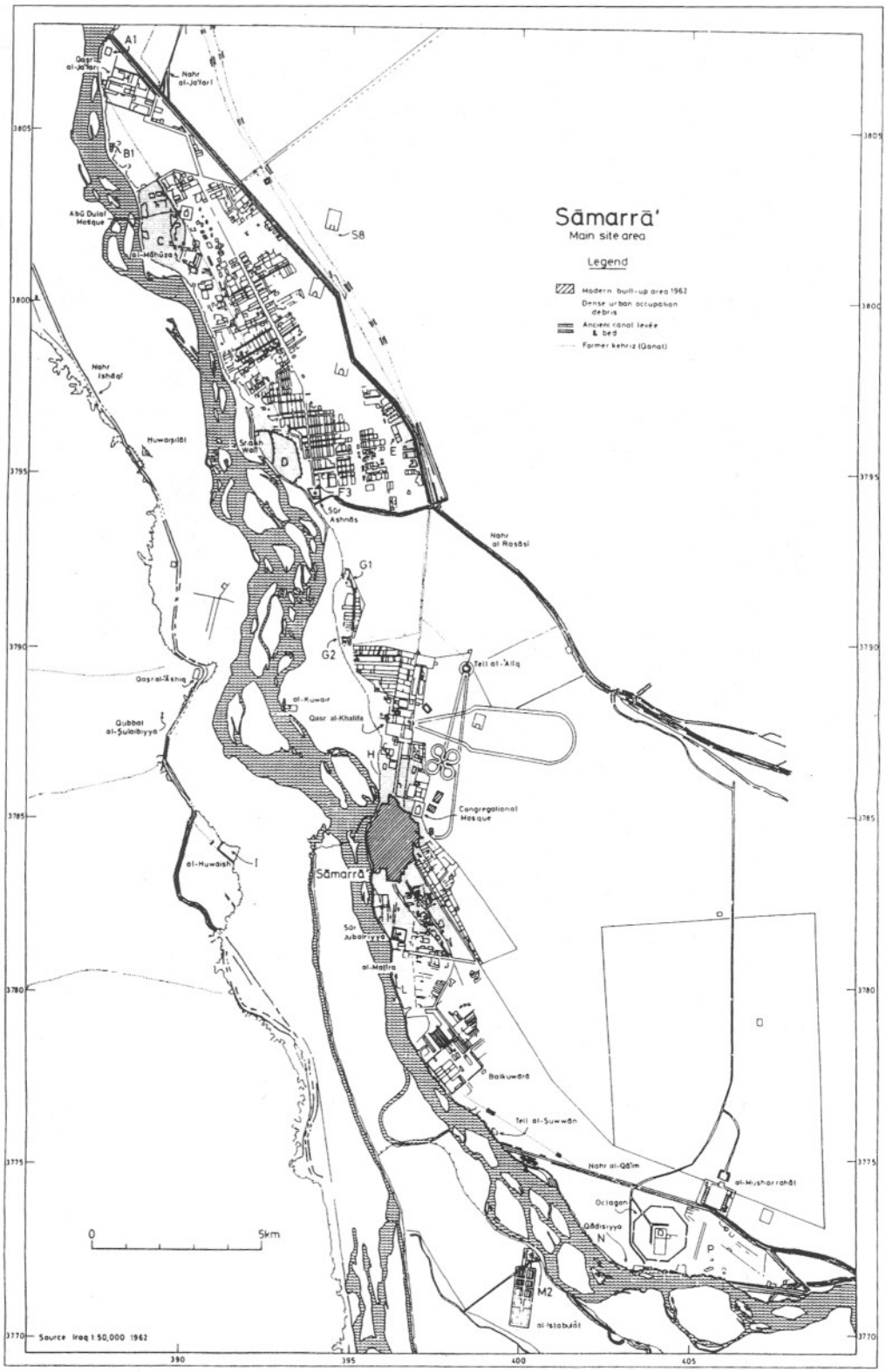

Fig. 8. Planta de Samarra (Northedge)

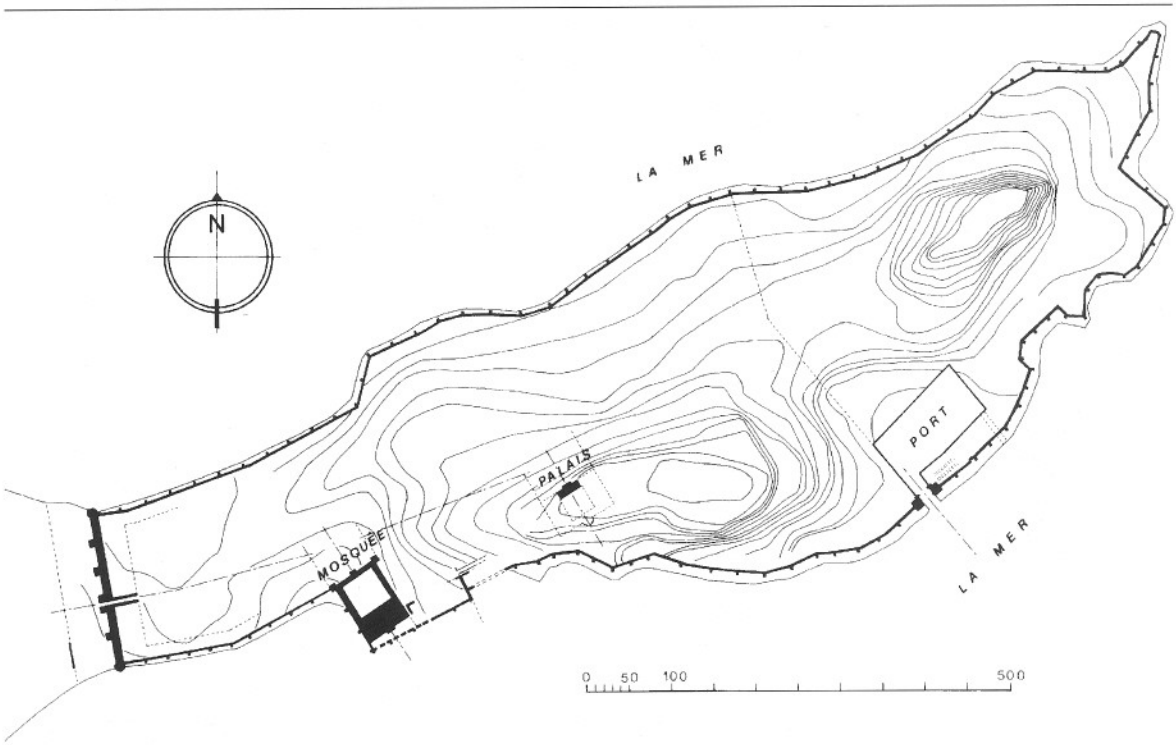

Fig. 9. Planta de la ciudad de Mahdiya (Lézine)

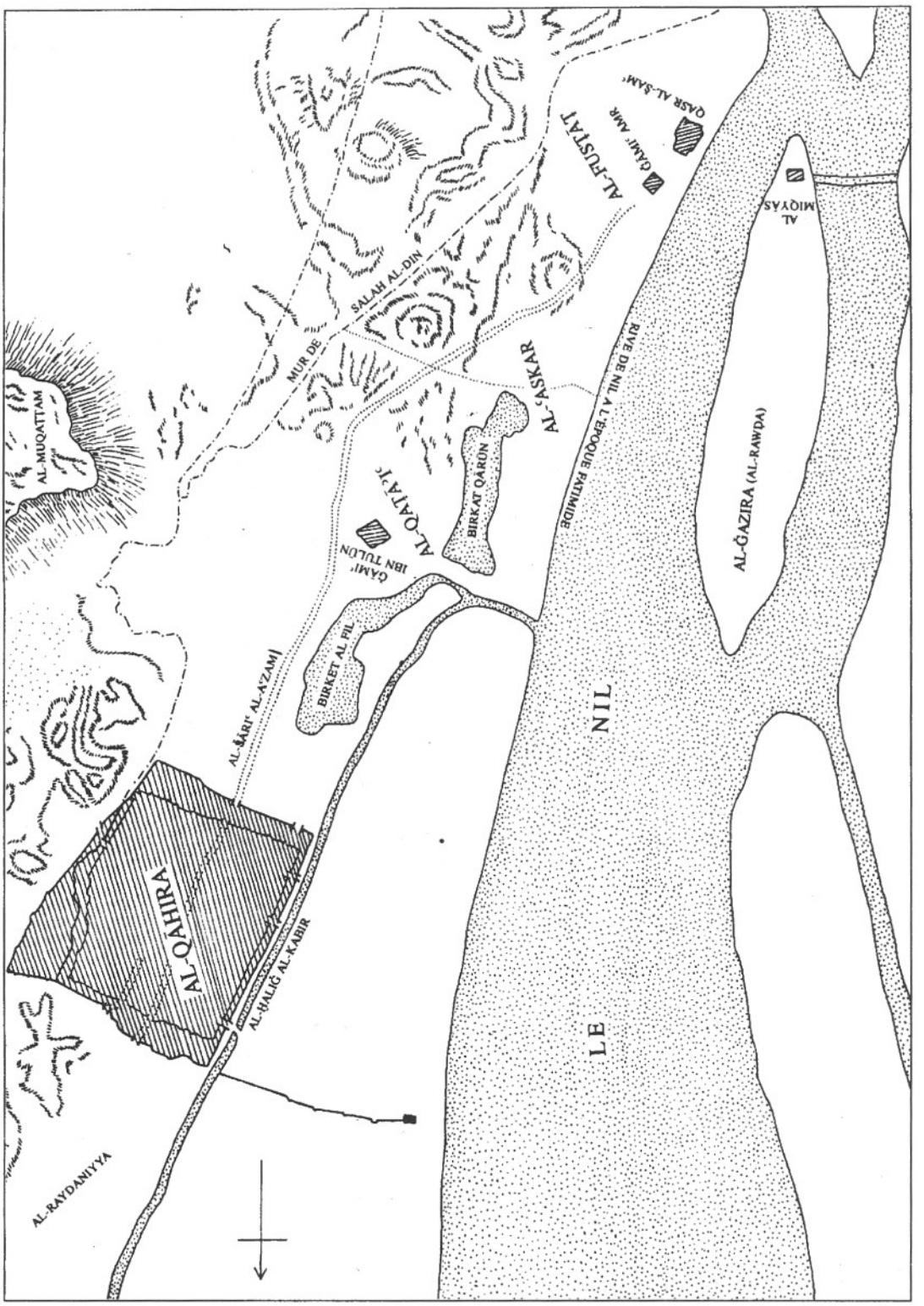

Fig. 10. Emplazamiento de al-Qahira (Sayyid)

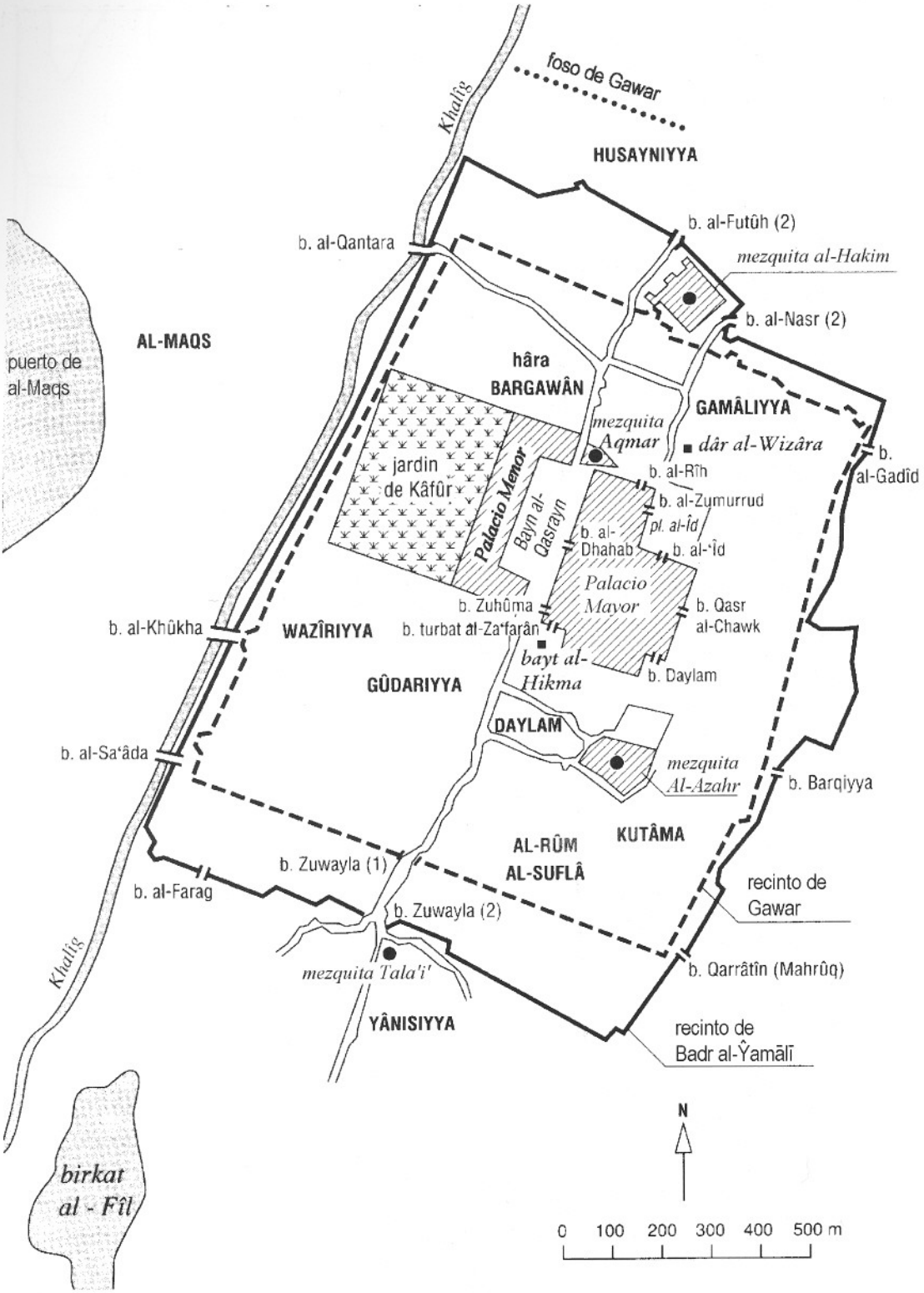

Fig. 11. Planta de al-Qahira (Ravaisse)

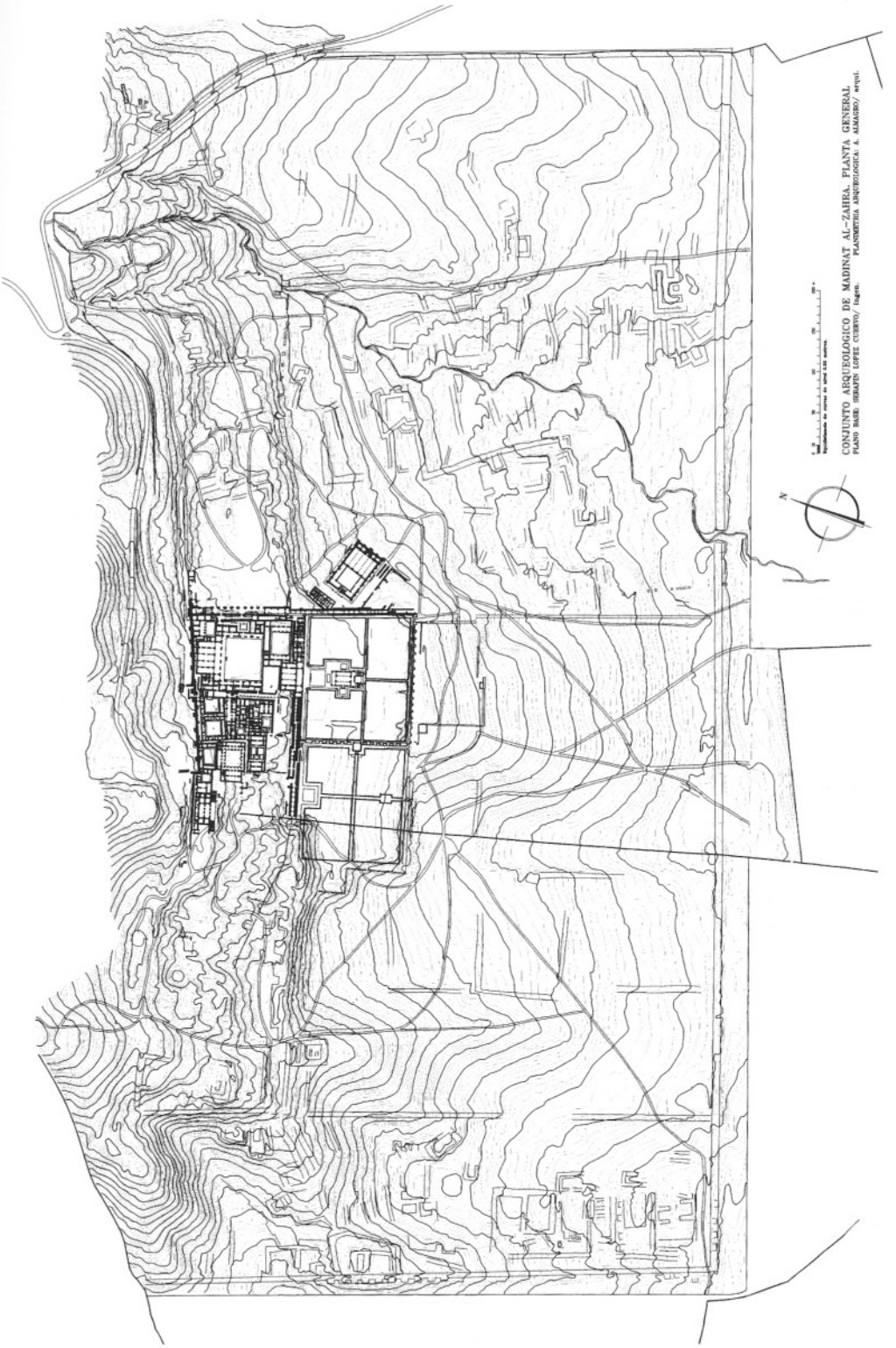

Fig. 12. Planta de Madinat al-Zahra'

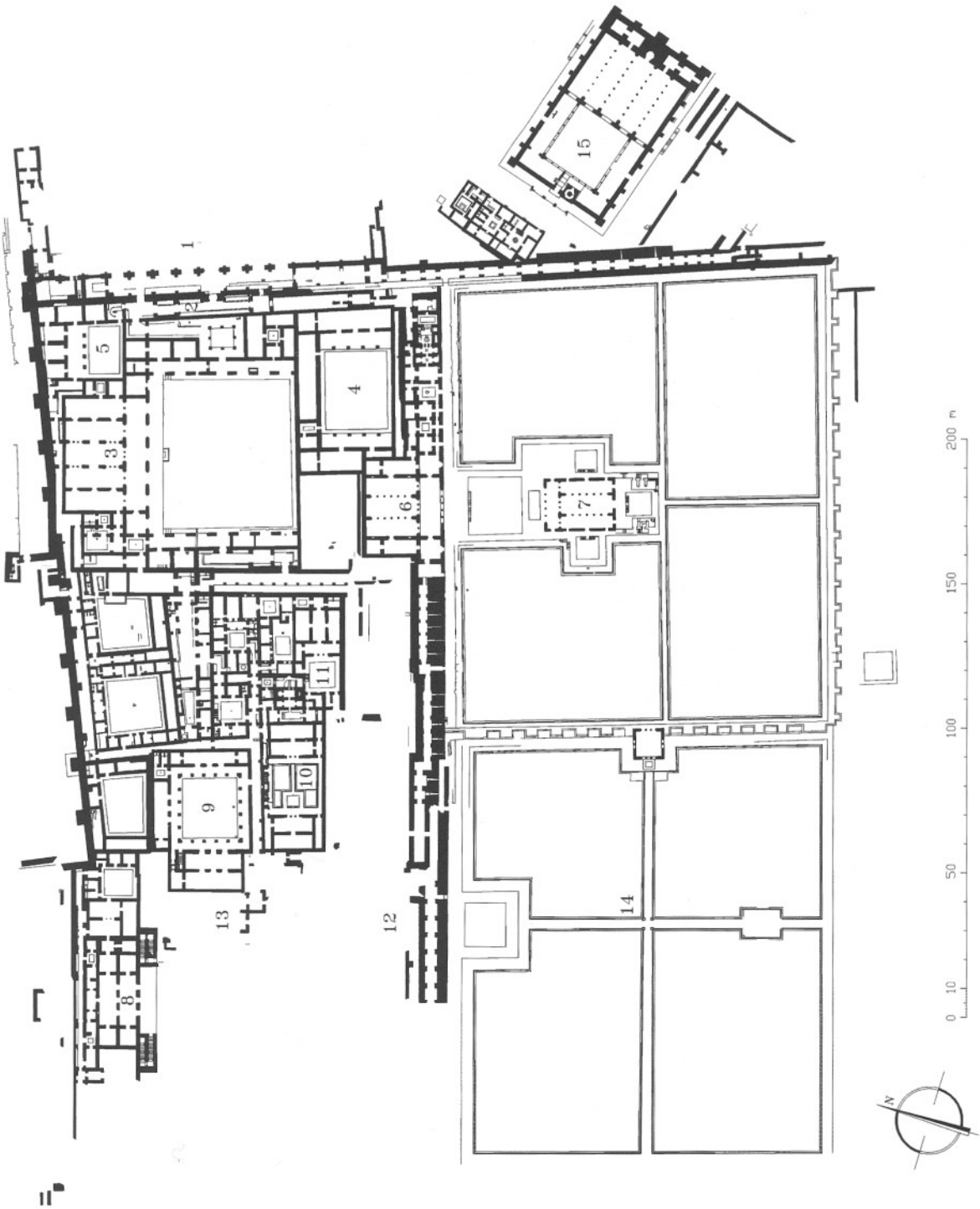

Fig. 13. Planta del alcázar de al-Zahra'

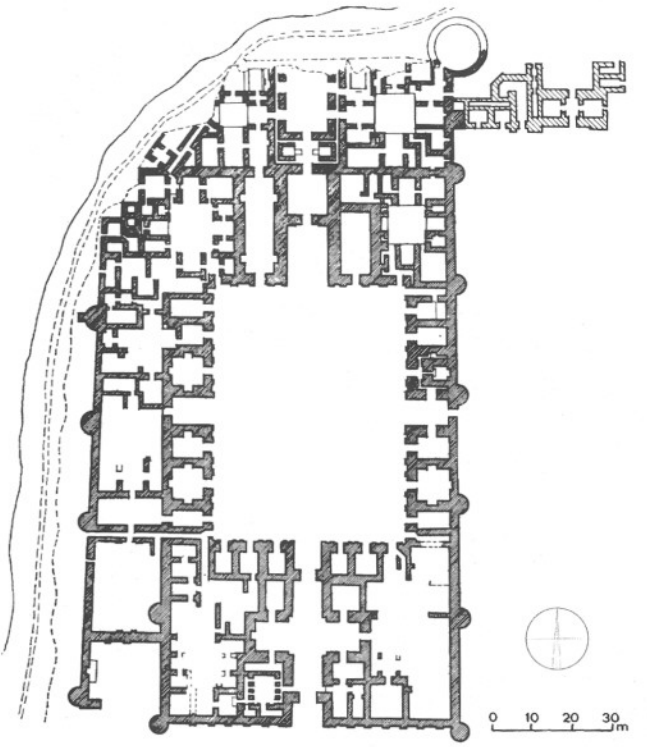

Fig. 14. Planta del palacio principal de Laškari Bazar (Schlumberger)

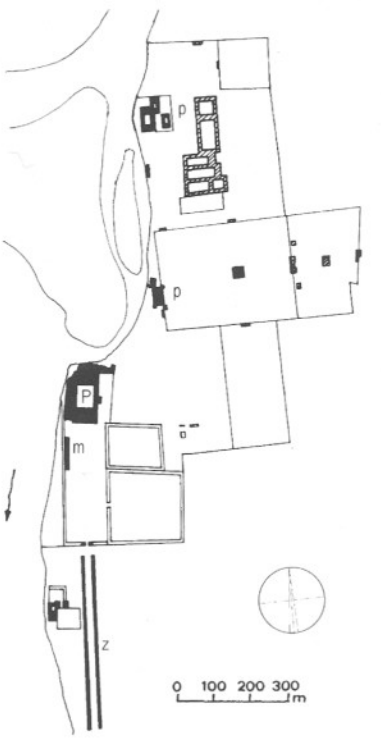

Fig. 15. Planta de Laškari Bazar. p: palacio, m: mezquita, z: zoco

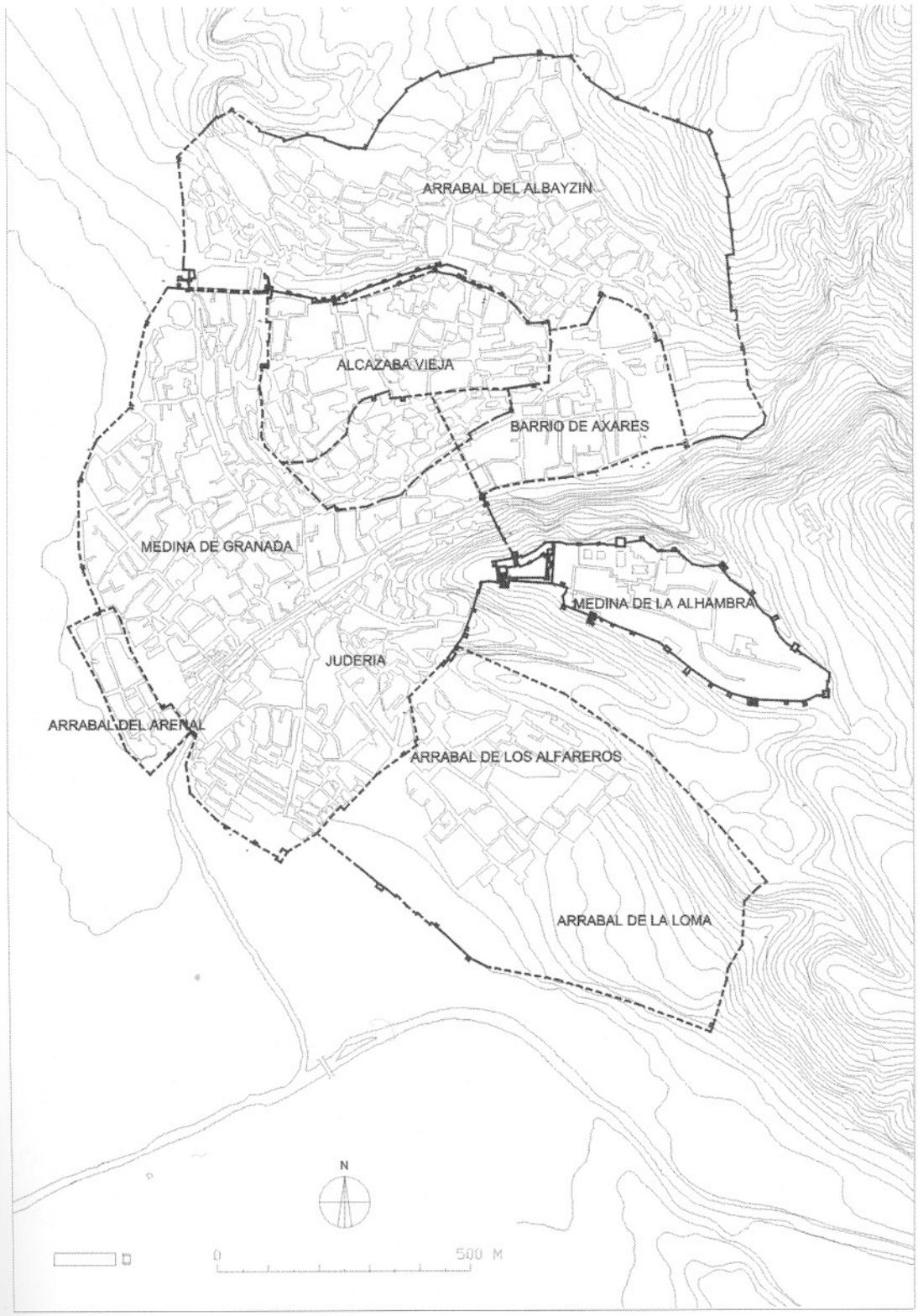

Fig. 16. Planta de Granada y la Alhambra

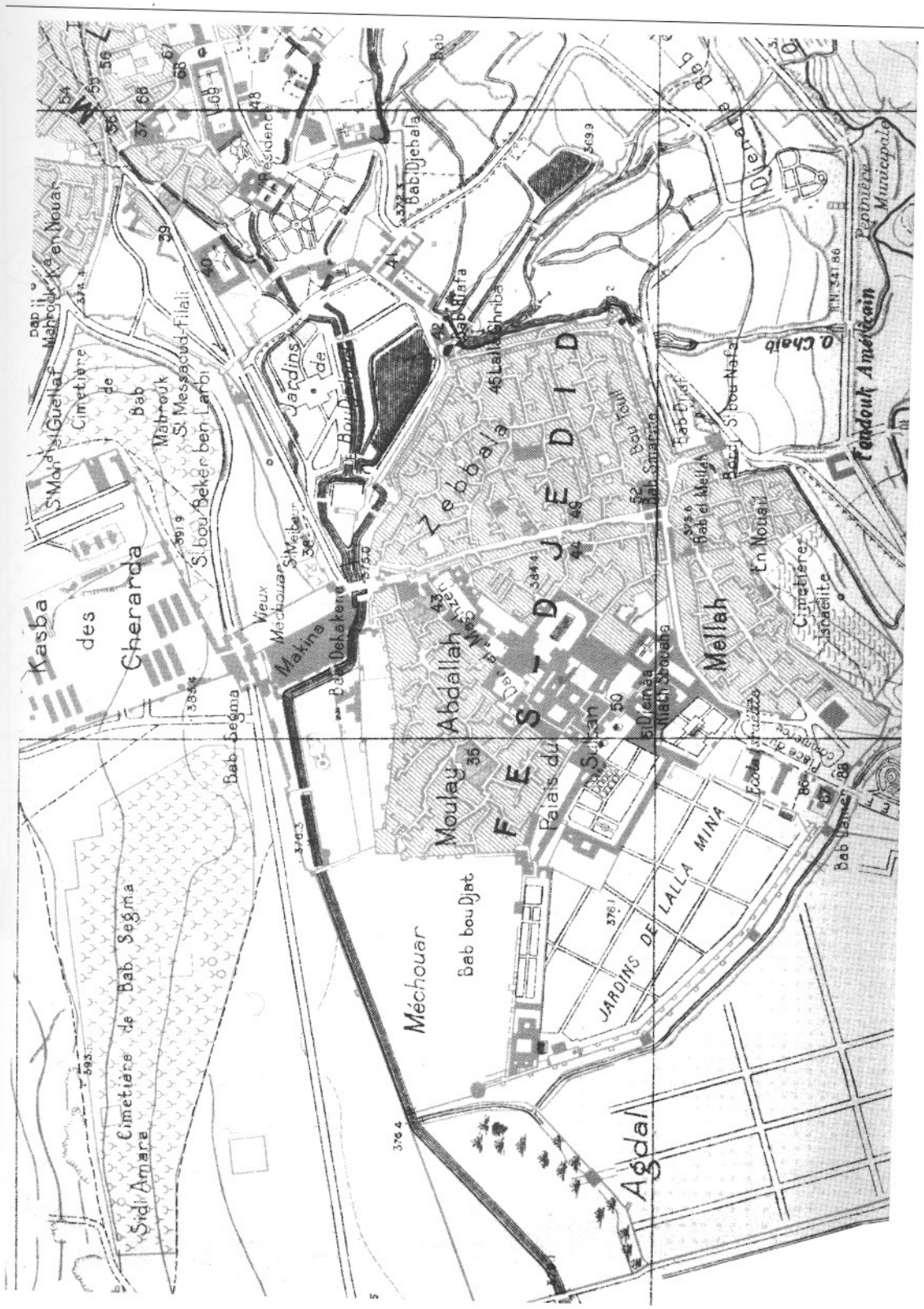

Fig. 17. Planta de Fez al-Ŷadid

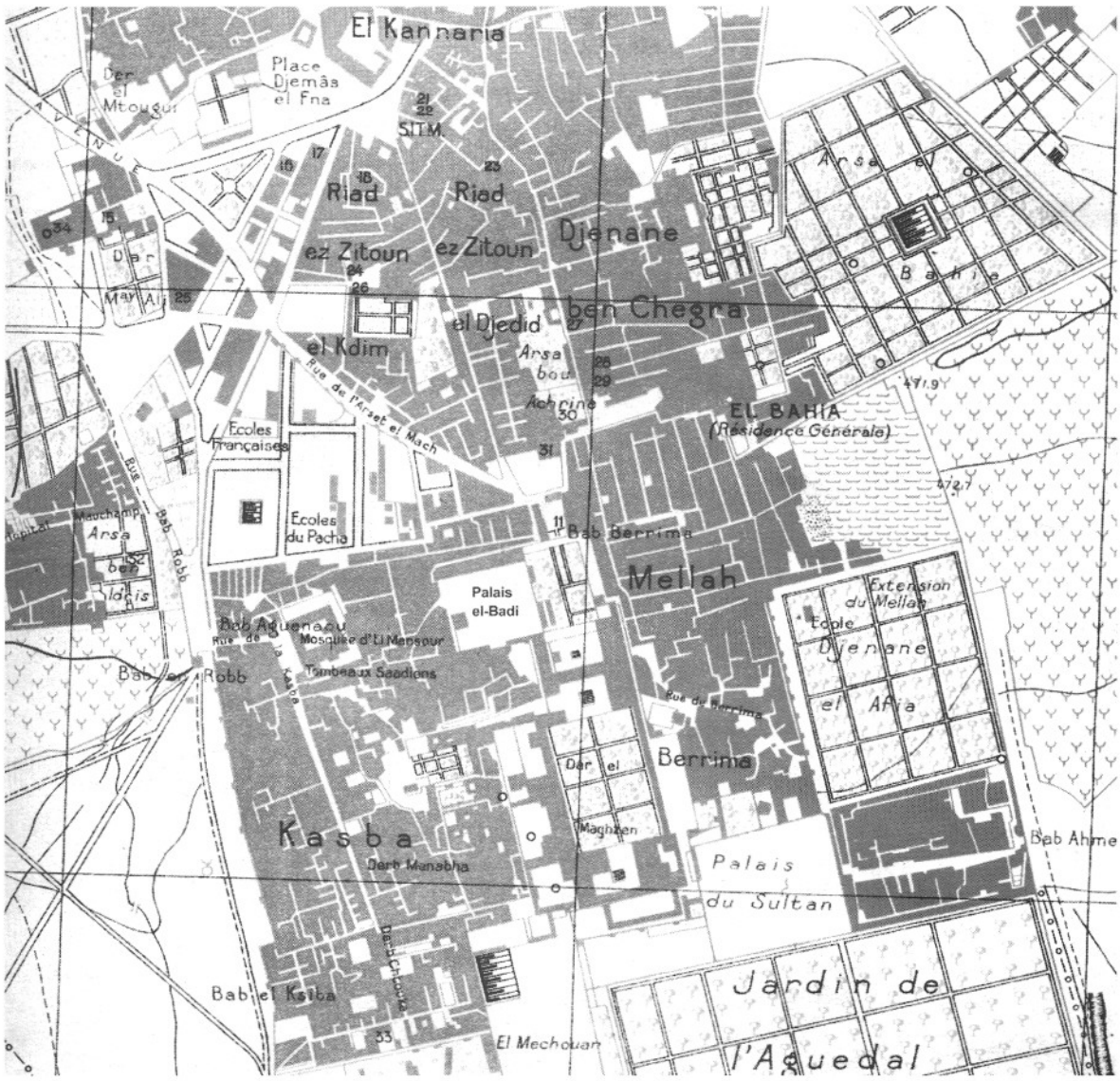

Fig. 18. Planta de la qasba de Marrakuš

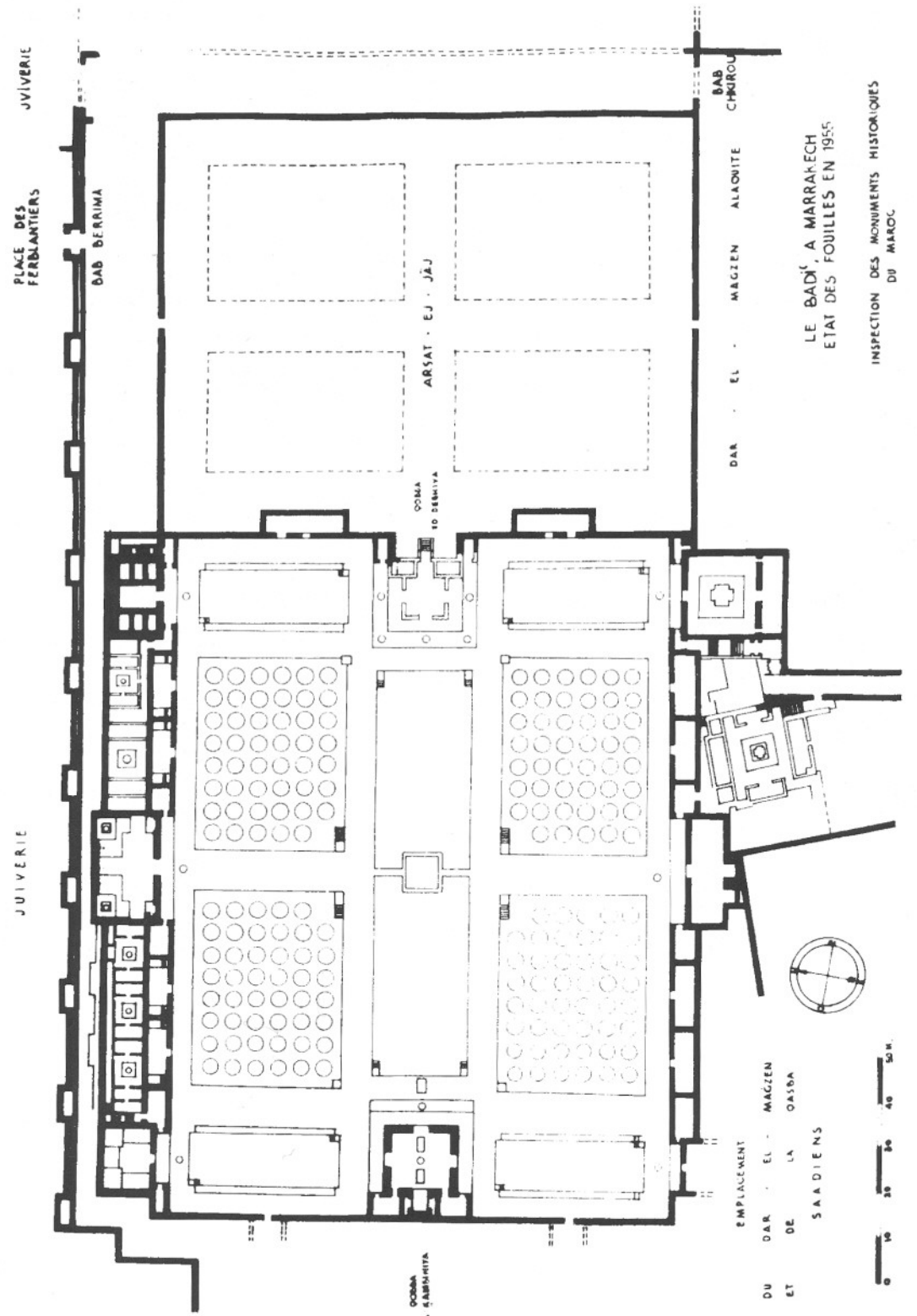

Fig. 19. Planta del palacio del Badi (Meunier)

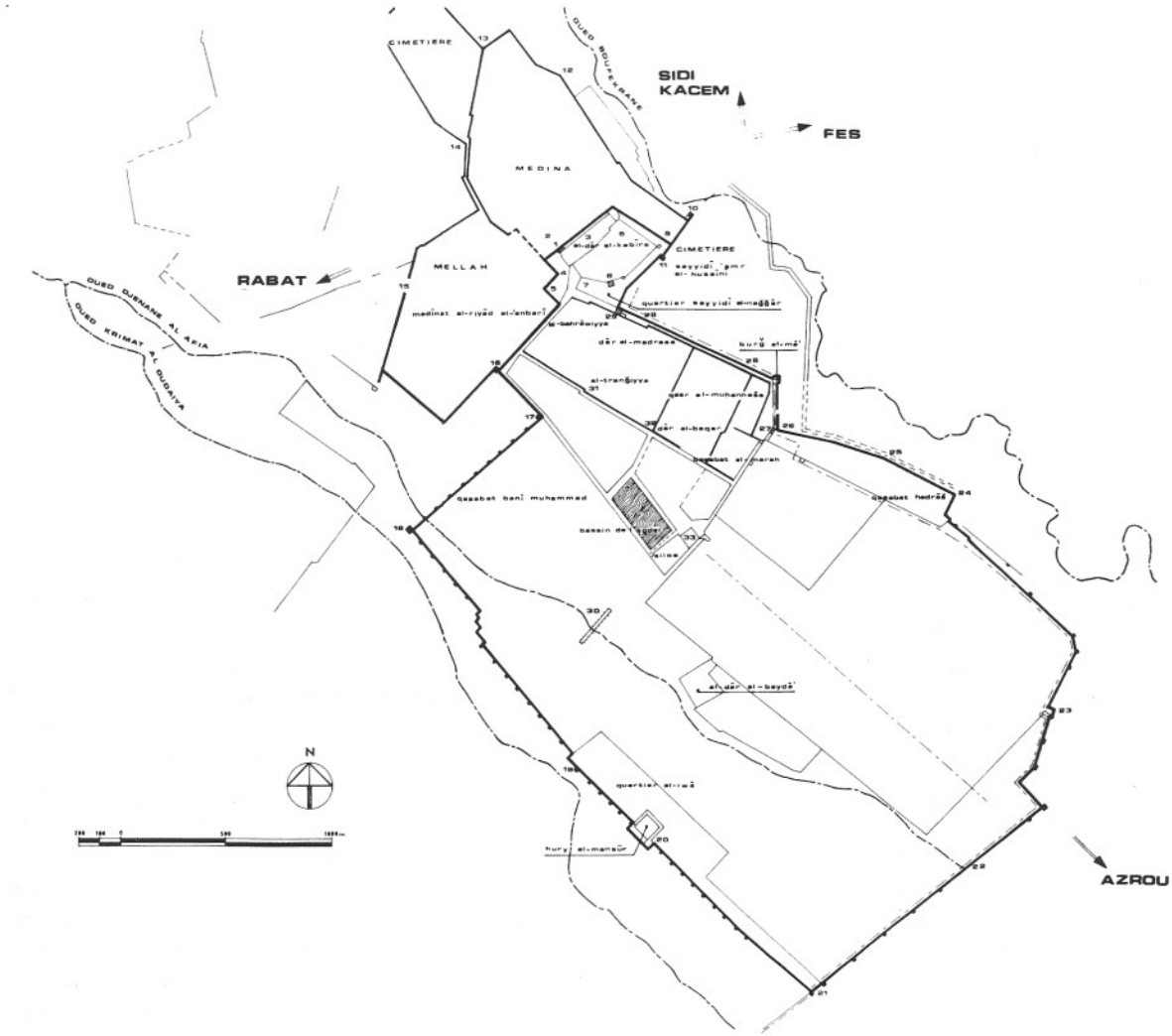

Fig. 20. Planta de Meknes (Barrucand)